

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1863. — TOMO XXII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.  
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 22. — N° 548.

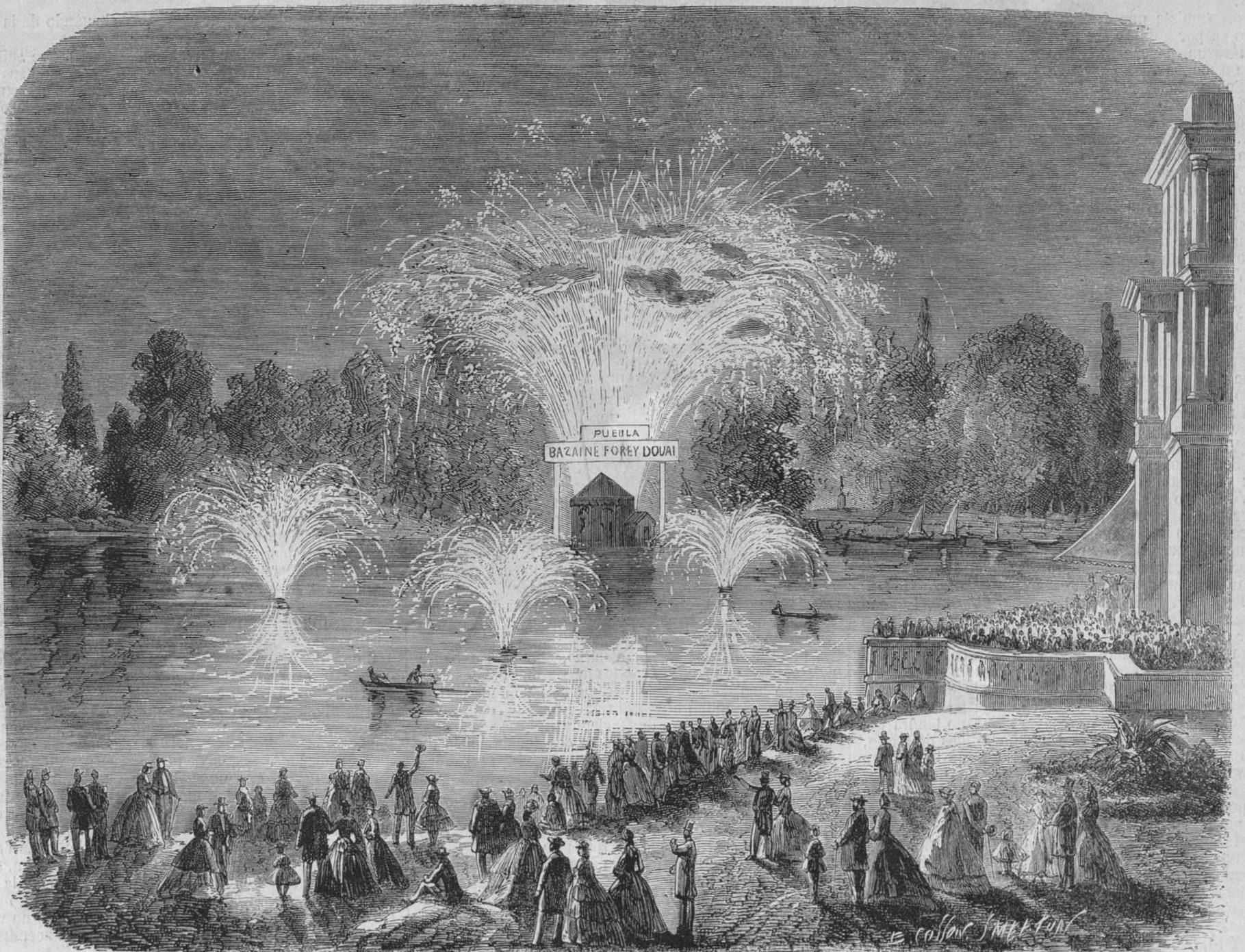
## SUMARIO.

Fiesta dada por el emperador en Fontainebleau con motivo de la toma de Puebla; grabado. — La usura. — Bolsa y espectáculos. — La firma del tratado de paz con el rey de Annam en Hué; grabado. — Expedicion á Méjico; grabados. — Revista de Paris. — Flaquezas del

corazon. — Inauguracion del ferro-carril de Waldshut á Constanza; grabado. — La enamorada recluta. — Exposicion de bellas artes en 1863; grabados. — Los segadores salvajes; grabados. — Don Francisco Acuña de Figueroa; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado. — M. Michelin; grabado. — El comandante francés M. Lamy; grabado. — La cantatriz Volpini; grabado.

## La usura.

Es indudable que las personas que se dedican á la usura viven bien, viven holgada y anchamente; sin embargo, yo que tengo una manera particular de ver las cosas, diré siempre que la industria á que me refiero es un mal modo de vivir.



Fiesta dada por S. M. el emperador á los habitantes y á la guarnicion de Fontainebleau con motivo de la toma de Puebla.

Numerosa es la clase, y esta circunstancia constituye un mérito para mí, del cual quiero hacer alarde, porque me halaga de veras; este mérito consiste en atreverme yo solo, un pobre hombre pobre, contra tantos poderosos y archipoderosos que han medrado á favor de la usura. Ellos, envalentonados con su dinero, me mirarán tal vez con desprecio; pero ¿qué me importa, si en cambio sus innumerables víctimas me honran con su simpatía? Aunque alguna alma mezquina crea que escribo una hipérbole, juro que no cambiaría esta satisfacción por todo el oro que los prestamistas pudieran darme, si es que algún prestamista puede dar mas que desazones. De todas las gracias que suplico á la Divina Providencia, la que mas encarecidamente deseo es la de que si algún día no tengo otro recurso para no morir de hambre que el dinero de un prestamista, me dé aliento suficiente para encerrarme de mi propia voluntad en un asilo de beneficencia.

Todos somos hermanos menos los prestamistas: estos no pueden ser mas que *cuñados* del prójimo.

Cuando veo un anuncio que comienza: «Se facilita dinero á las clases activas y pasivas,» traduzco siempre: «Se desea quitar el pan de la boca á las clases activas y pasivas.»

El prestamista es, á pesar de todo, un hombre que en la forma no se diferencia de los demás; anda, corre, bebe, escupe y habla tambien como todos. Los que no le conocen pasan á su lado tan tranquilos y como si tal cosa; los que le conocen, si desgraciadamente le necesitan, le ceden la acera y le adulan muy rendidos, y si no le necesitan y piensan como yo, le ven con absoluta indiferencia y como quien dice: «¿Y á mí, qué?»

Yo no condeno á los prestamistas por el hecho de haber elegido este oficio: lo que condeno es el abuso.

Los prestamistas que se contentan con que el capital que emplean les dé una renta módica, y que al mismo tiempo que desean proporcionarse una ganancia legítima, desean tambien que esto no sea con perjuicio de tercero, no merecen censura; por el contrario, de esta manera pueden, en casos dados, hacer gran favor al prójimo, que luego paga muy gustoso el interés módico que se estipuló; pero como estos prestamistas son los menos, hé aqui por qué me parece que este artículo está muy en su lugar.

El prestamista que se contenta ahora con un 6 ú 8 por 100 de interés, merecía que se le erigiera una estatua ecuestre á expensas de las beneméritas clases pasivas. Si hay alguno, que alce el dedo, y se abra la suscripción inmediatamente. Yo, si no puedo contribuir con dinero, escribiré una oda en loor del héroe de la usura.

El prestamista que facilita dinero al 25 por 100 es tenido ya por hombre caritativo y amante del prójimo, y con razon, porque ni con candil se encuentra quien preste á menos del 50 por 100.

— Señora doña Basilisa: mi respetable coronela, ¿necesita Vd. 3,000 rs. para hacer á las niñas unos trajes nuevos, y ver si puede conseguir que se vayan colocando?... Pues firme Vd. haber recibido 5,000 y es cosa hecha.

— Y Vd., donosa y desconsolada huérfana del bueno de don Froilan, benemérito administrador de correos, ¿quiere Vd. se le adelanten un par de pagas para ir á los baños de Loeche y curarse de esa tristeza que le consume hace tiempo?...

Pues venga un poder para que el prestamista cobre por Vd. al fin de cada mes, y se reserve en pago del adelanto seis de los quince duros que Vd. tiene de pension y uno por el trabajo de ir á cobrarlos, y él hará que tarde ó nunca vuelva Vd. á tomar los quinées del pico, limpios de polvo y paja, y ya verá Vd. cómo siempre hay deuda en pie, y cómo entre Vd. que siempre ha sido un poco maniota y no conoce el valor del dinero, y él á quien conviene mas que otra cosa que usted no ponga en orden jamás sus asuntos, la trampa se lleva al fin la pension que con tanto trabajo ganó para Vd. el bueno de don Froilan, que esté en gloria.

— Señor don Pantaleon, comisario de guerra jubilado: ya he sabido que anoche en casa del Zurdo perdió Vd. cinco mil reales en otros tantos *burlotes*, y á juzgar por la cara de vinagre que lleva Vd. hoy, me parece que no le hizo maldita la gracia la broma, y que de buena gana iría Vd. esta noche á desquitarse ó á perderlo todo, menos el honor, que no es fácil perder lo que no se tiene; pero como el golpe de anoche le habrá dejado á Vd. sin un real, y como no es fácil que le presten á Vd. sobre su jubilacion, pues como Vd. sabe mejor que todos, tiene Vd. dos retenciones, y hay quien espera que le toque su vez para entrar á cobrar, y probablemente no será este solo el penitente á quien interese la vida de Vd. por la cuenta que le tiene; no le queda á Vd. otro recurso que dirigirse á mi amigo don Fulano, prestamista y procurador, quien no tendrá inconveniente en facilitar á Vd. algunos miles de reales, 2,000 por ejemplo, sin que Vd. tenga que hacer otra cosa que firmar cómo ha recibido Vd. de dicho señor la cantidad de 4,000 reales en calidad de depósito, la que pondrá Vd. á su disposicion dentro de dos meses, y ya puede Vd. irse descuidado á la *timba*, y seguro de que si dentro de dos meses no tiene Vd. ni los 4,000 reales ni qué comer, en la cárcel le darán á Vd. casa y alimento, y gozará Vd. el inefable placer de interesar á las almas piadosas y caritativas, que no podrán menos de deplorar que un hombre como Vd. se vea acusado de estafa.

— Y tú, pobre padre de tres hijos, que no tienes empleo, que no eres activo ni pasivo, ni conoces á un banquero que responda de ti, ni á dueño alguno de

casa abierta que para tí no la tenga cerrada; tú que te has decidido á implorar la caridad de las personas pudientes, y la primera á quien piensas dirigirte, es tu vecino don Eleuterio, prestamista con quien fuiste á la escuela y á quien tu padre hizo muchos favores, pasa de largo y no llames a su puerta, porque es fácil que si le pides un duro te exija que se lo devuelvas duplicado, y muy probable que si le dices que no lo pides prestado, sino regalado, te eche el perro, si lo tiene, ó te denuncie como ratero y vago á la autoridad. Mas te valdrá acudir á otro tan pobre como tú, que puede que si tiene un duro te dé generosamente la mitad, aunque en su vida le haya visto, y aunque tu padre y el suyo hayan sido sargento de realistas el uno y cabo de nacionales el otro.

Puede que el lector considere exagerados estos detalles; lo mismo hubiera creído yo antes de estudiar la numerosa clase de los prestamistas.

Esta industria es de las mas productivas, y si el número de los que la ejercen, aunque considerable, no lo es tanto como parece que debía ser en atencion al buen resultado que produce, es porque para emplearse en este oficio se necesitan cualidades que tienen pocos; se necesita no tener corazon, y entre los hombres hay afortunadamente pocos que no lo tengan; se necesita acostumbrarse á ver con indiferencia el mal del prójimo, y á ser sordo á las súplicas y ciego á las lágrimas de las víctimas de la usura.

¡Cuántas humillaciones sufre el infeliz que acude á un prestamista á quien va á proporcionar una ganancia monstruosa, y que por esta circunstancia debía estarle agradecido!

Nunca olvidaré la impresion que hicieron en mí no hace mucho tiempo las palabras y el llanto de un anciano cubierto de cicatrices el rostro, y coronada la cabeza de venerables canas. Salía de la audiençia con paso vacilante y preñados de lágrimas los ojos. Acercámonos algunos á preguntarle la causa de su dolor, y el infeliz, despues de algunas frases entrecortadas, nos habló así:

— No, no es nada... Es que... que como nunca me he visto delante de un juez, estoy avergonzado ahora... ahora que á mis años... ¡Vaya, todo sea por Dios!... Para que no se muera una hija que tengo muy malita... baldada la pobre... despues de haber vendido todo lo que tenia, he pedido á un prestamista dos mil reales sobre mi retiro, que es tan corto, que apenas tenemos mi hija y yo para vivir... Y me los ha dado, si señor, Dios se lo pague; pero lo que siento es que para asegurar el pago me ha citado á juicio... y lo que me avergüenza es que delante del juez ha dicho que yo le debía cuatro mil reales, que me habia prestado amistosamente sin interés... Ya ven Vds., y no me da mas que dos mil... Y el juez, es claro, me ha sentenciado á que pague con la tercera parte de mi sueldo... Y yo, allí, corrido de vergüenza, y sin poder decir el cómo y el cuándo del negocio, porque luego se hubiera vuelto atrás el prestamista, y mi hija se moría, y... Dios me perdone, pero me parece que si ese hombre tiene conciencia le ha de pesar en ella el bochorno que me ha hecho sufrir... ¿Qué habrá creído de mí el juez?

Hay algunos prestamistas que, como dice el vulgo, no dan la cara, dan el dinero por medio de agentes especiales, que son los que se entienden con las víctimas, y que hacen que estas paguen, no solo el exorbitante interés del préstamo, sino tambien que al recibirlo suelten parte de la cantidad que lo constituye, en premio de sus buenos servicios, con lo cual se demuestra lo verdadero del refran que afirma que «al perro flaco todas son pulgas.»

Si el lector desea mas informes, en la contaduria de Hacienda pública le podrán decir cuántas viudas ó huérfanas, cuántos cesantes ó jubilados tienen libres de retencion sus pagas respectivas, y cómo al fin de cada mes entregan una cantidad enorme, compuesta toda del importe de las retenciones á don Fulano y á don Zutano y á don Mengano, que tambien es casualidad, son tan amigos de remediar los males del prójimo que todo el mundo les debe dinero.

Dicen ellos que su industria está sujeta á mil eventualidades: por mi cuenta estas mil se quedan en una; la de que fallezca la persona á quien han hecho el préstamo, y no deje en el mundo ningun interesado, lo cual calculo prudentemente que les podrá suceder una vez cada seis ú ocho años.

¿No se podría desterrar poco á poco la usura, procurando otros medios de socorrer al necesitado á menos precio y mas decorosamente?

El Monte de Piedad, por ejemplo, ¿no podría hacer préstamos sobre pagas como los hace sobre efectos?

Yo no contestaré á estas preguntas; yo denuncié el mal; procure quien pueda el remedio.

¡Si yo fuera ministro de Hacienda!...

Paréceme que sin escrúpulo de conciencia habia de atreverme á mandar que se declarasen nulas todas las retenciones á favor de personas reconocidas como prestamistas.

Estos se dividen en varias categorías, que con la ayuda de Dios señalaré, no olvidando por supuesto los que prestan sobre alhajas y ropas en buen uso, que son fenómenos muy curiosos y dignos de estudio, y cuya moralizacion debía tomar por su cuenta la autoridad, interviniendo en sus operaciones muy de cerca.

Permita el lector que le presente uno de estos fenómenos que se llama doña Gertrudis.

Yo la conocí diez años hace, cuando vivia en la agradable compañía de su marido, dependiente del resguardo, de quien malas lenguas decian que en tanto que

con laudable celo se dedicaba á perseguir el contrabando, hacia la vista gorda al contrabando que en su misma casa solia introducirse.

Pero llegó dia en que el defensor de los intereses de la hacienda tuvo noticia de los dichos del vulgo maldiciente y de los hechos de su consorte pecadora, y despidiendo airado de su alma enamorada las ilusiones fundadas en la frágil base del deleznable amor de doña Gertrudis, pidió ser trasladado á otra provincia y partió para su destino, llorando amargamente haber representado tan á lo vivo el triste papel de Adán con aquella Eva ingrata y coquetona.

Hé aqui á doña Gertrudis libre como las aves que cruzan el espacio, — así diria un poeta ramplon, — y autorizada á hacer aquello que se le pusiera entre ceja y ceja, señora absoluta de su albedrío y dueña ademas de algunas onzas de oro que ella, con su prudente economía y con su costumbre de prestar á réditos alguna que otra pequeña cantidad, habia podido reunir en dos ó tres años, sin que nadie pudiera averiguar de dónde le habia venido el capital con que comenzó sus especulaciones, porque nadie podia presumir que el marido fuera cómplice en la industria de la mujer, y porque todo el mundo sabia que aquel pobre hombre no tenia mas que sus diez reales diarios, con lo que demasiado conocen ustedes que no se pueden hacer muchos milagros, porque diez reales en estos tiempos no dan mas que hambre para hoy y necesidad para mañana.

Pero abreviemos: de todos los misterios de la vida de doña Gertrudis, el que mas excitó la curiosidad de sus vecinas, amigas, cuñadas, etc., etc., y el que mas comentarios provocó y mas sorpresa causó, fué el que dió por resultado el establecimiento de una casa de préstamos, anunciada en una muestra colocada en el balcón y que á la letra decia lo siguiente: *Honradez. — Caridad. — Buena fe. — Dinero barato. — Se presta dinero sobre alhajas y ropas en buen uso.*

Hé aqui cómo la mujer fuerte, la mujer de alma grande y voluntad poderosa no necesitaba para cosa maldita el apoyo del hombre; doña Gertrudis, sin embargo, necesitaba el concurso de otra persona que le hiciera las cuentas, le llevara la pluma y la representara en casos dados, y para este oficio nadie mejor que un amigo de su consorte fugitivo, un amigo con quien no sé qué diferencias podria tener aquel, porque no creo que fuera motivo suficiente para odiarle saber que Gertrudis le distinguia con su confianza, y que él habia sido siempre quien acompañaba á la abandonada esposa en sus largas horas de soledad, cuando los intereses de la hacienda exigian la ausencia del esposo del hogar doméstico.

Ahora cumple explicar el cómo y el cuándo de la industria de doña Gertrudis.

Suponga el benévolo lector que una pobre señora acaba de pasar una enfermedad y ha agotado sus recursos, y no le queda mas que una sortija de bastante valor que ella, en mejores tiempos, regaló á su consorte, y que este le devolvió momentos antes de morir: aquella alhaja puede ser su salvacion, y no necesita venderla, no señor, sino únicamente dejársela á doña Gertrudis, quien le dará en cambio una cantidad, y conservará la sortija durante un año, en cuyo plazo la afligida señora podrá devolver la cantidad recibida con mas un real por duro por cada mes que haya pasado, y recobrará la alhaja.

Mucho le costará decidirse á separarse de aquella prenda del amor que tuvo á su esposo, pero como la necesidad tiene cara de hereje, — y en esto se parece doña Gertrudis á la necesidad, — no tiene mas remedio que recurrir á la mujer del dependiente del resguardo y con lágrimas en los ojos presentar la sortija.

Doña Gertrudis la consuela, la anima, y le asegura que no perderá la joya porque ella no es como otras empeñistas, que lo que quieren es quedarse con los efectos, — aunque falten las causas, — y porque ella se contenta con no perder el dinero, y si se ha dedicado á hacer préstamos, mas lo hace por favorecer al prójimo que por lo que la industria le produce, que no le produce otra cosa que muchos disgustos y muchos quebraderos de cabeza.

La señora necesitada no duda ya, y entrega la joya á doña Gertrudis, quien llama incontinenti al amigo de su marido, encargado de quilatar el valor de las prendas que se empeñan, y determinar la cantidad que prudentemente puede darse por ellas.

Y despues de mirarla y remirla mucho, con una autoridad digna de un tasador con título, dice que la sortija vale 500 reales, y que por ella se pueden dar 160 de empeño. La dueña de la sortija advierte que le costó 2,000 reales, y el tasador decide ex-cátedra que bien puede ser cierto lo que aquella señora dice, pero que tambien lo es que ha pasado la moda de sortijas como aquella y que la antigüedad, el uso, las circunstancias y otras cosas imponen á su conciencia el deber de aconsejar á la dueña de la casa, cuyos intereses le están confiados, que no suelte un cuarto mas de 200 reales, y eso porque ni él ni doña Gertrudis pueden ser, aunque debieran serlo para no sufrir mas perjuicios que otra cosa, indiferentes á los males ajenos.

Y con este discurso queda convencida la dueña de la alhaja, toma los 200 reales y una papeleta impresa, con los huecos correspondientes, en los que se anota la fecha del empeño, la cantidad prestada y el número que tiene en la coleccion de objetos empeñados en no volver á la casa primitiva la joya, testimonio del acendrado amor que se tuvieron los esposos felices.

Y si al terminar el año la pobre señora no entrega los 200 reales y 120 de réditos, la sortija que costó

2,000 reales y que por lo menos vale 1,500, queda en poder de doña Gertrudis que admitido el rédito, se ha quedado impunemente con 1,180 reales que no son suyos.

Considera alma cristiana si esto que hacen los prestamistas con los pobres que necesitan su dinero, es menos cruel que lo que los drusos hacen con los maronitas.

La familia que comienza a llevar a una casa de empeños sus ropas en buen uso y sus alhajas, queda desnuda sin remedio.

Todas las industrias tienen sus quiebras, sus eventualidades; esta industria no tiene ninguna, porque hasta si en la casa entran ladrones y roban, ó se declara un incendio, la dueña ó dueño no responde de los objetos ajenos que tienen en rehenes. Así se declara en las papeletas de empeño, para que no haya lugar á reclamaciones si ocurre alguna de esas desgracias. Otra eventualidad hay prevista también por la perspicacia de los prestamistas; en las mismas papeletas que se entregan como recibo de los objetos empeñados se lee esta advertencia final: «No se responde de la polilla.»

¡No son mala polilla los prestamistas sobre ropas y alhajas! Ellos no responden de nada; juegan con sus víctimas un juego en que ellos ganan siempre.

Si no fuera por contristar al lector, le daría desconsoladores detalles que me han referido algunas víctimas de esas gentes sin temor de Dios ni amor al prójimo; pero hago gracia de ellos al lector, solamente sentaré que así como es preferible comer el pan de la caridad que el de la usura, es mejor vender lo que se tiene, si no hay otro recurso, que depositarlo en una casa de empeños, donde al fin y al cabo harán por quedarse con ello.

A doña Gertrudis le ha probado tan bien, como ella dice, el negocio, que por obra y gracia de los pesos duros que posee, ha logrado vencer el odio que su marido tenía al socio, y hoy le tenemos en Madrid, viviendo su mujer y él como dos príncipes, y muy agradecido al cielo é inteligencia con que su amigo de otro tiempo ha desempeñado cerca de su mujer el cargo de gerente de la casa de empeños, cuyo lema sigue siendo: «Honradez, caridad, buena fe.»

Por supuesto que doña Gertrudis se ha hecho santurrón; si quieren Vds. verla, vayan á la iglesia donde estén las cuarenta horas, ó donde haya novena ó salve, y allí la encontrarán dándose golpes de pecho, y rezando Padres nuestros, y pidiendo encarecidamente al Todopoderoso que la conserve largo tiempo la vida, porque doña Gertrudis tiene un miedo á la muerte que solo se justifica por los pecados que ha cometido en sus años verdes y los que comete aun y cometerá hasta el día último de su vida, sacrificando al prójimo todo lo mas que pueda.

Es que la conciencia le advierte de sus pecados; pero su depravado instinto es mucho mas fuerte que su conciencia.

Su marido pasa buena vida; come, bebe y no trabaja; él ha encontrado que es realidad la famosa ficción de la gran ciudad de Jauja.

Los prestamistas sobre pagas, sobre efectos públicos, y con garantías que convengan, miran con cierto desden á los que prestan sobre efectos privados. Aquellos suelen ser personas de circunstancias, hasta suelen ser electores y elegibles; estos son generalmente personas de poco mas ó menos, que á fuerza de trabajo y privaciones han reunido algun capital, si no han hecho su dinero á favor del comercio que se ejerce en las prenderías. Las mujeres sirven perfectamente para esta industria, y las hay que en cuestiones de aritmética, y en buena disposición para explotar al prójimo, pueden dar quince y falta al hombre mas olvidado de sus semejantes, y mas firmemente consagrado al dios del siglo, al dinero.

Los libros de una casa de préstamos son los libros mas curiosos y mas entretendidos.

No sé si tendré valor para mostrar algunas de sus páginas al lector, porque dudo que este lo tenga para leerlas.

Casi será mejor correr un velo sobre las miserias que me vería obligado á descubrir, si continuara tratando de los prestamistas.

Consuélense las víctimas de tanto y tanto usurero con la seguridad de que en el otro mundo debe haber para los prestamistas un infierno especial, donde las penas sean mucho mas terribles que las aplicadas á los demás pecadores.

CARLOS FRONTEIRA.

### Bolsa y espectáculos.

Hay al fin de la última columna de la cuarta plana de todos los periódicos una sección siempre amena, variada y entretenida que lleva por epígrafe el título tentador de *Espectáculos*.

Esta sección importantísima, necesaria á todo periódico que quiera tener muchos suscriptores, va siempre seguida de otra no menos importante, que viene á ser como el corolario de la primera, y cuyo título es: *Bolsa de Madrid*.

Parece que la casualidad se divierte muchas veces en presentar unidas cosas que á primera vista creemos que no tienen entre sí relación ninguna.

Y es porque hemos tejido la palabra casualidad como un velo para cubrir nuestra ignorancia.

A ella le atribuimos todo aquello que no entendemos ó que no queremos entender.

Hemos supuesto que existe en el órden con que todas las cosas están establecidas una especie de elemento caprichoso que á lo mejor se mezcla en el curso de los sucesos interrumpiéndolos ó precipitándolos, segun el humor con que se encuentra en aquel momento.

Cuando la casualidad produce un bien se le llama fortuna, cuando produce un mal se le llama desgracia, cuando no produce ni un bien evidente ni un mal palpable se le llama simplemente casualidad.

Si á un hombre le cae la lotería se dice: ¡Qué fortuna! si se rompe una pierna se dice: ¡Qué desgracia! si al pasar por una puerta hay un clavo que lleno de curiosidad saca la cabeza y nos tira del vestido, decimos: ¡Qué casualidad!

Al decir fortuna, desgracia ó simple casualidad, parece como que queremos dar á entender que ninguno de esos tres acontecimientos han tenido razón completa para ocurrir.

Y es que los sucesos tienen una lógica y la razón humana tiene otra; es que pasan frecuentemente á nuestros ojos como viajeros misteriosos que callan á menudo de dónde vienen y ocultan siempre á dónde van; es que por agudo que sea el entendimiento del hombre, rara vez taladra la primera corteza de las cosas; es que por mucho que mire, pocas veces consigue ver mas allá de sus narices.

Muchas veces el hombre dispone las cosas obedeciendo á impulsos desconocidos cuyo fin ignora.

Por eso vemos tantos planes perfectamente preparados salir al revés.

Hay en todas las cosas una parte siempre oculta al hombre, y su razón no puede prever mas que lo que ve.

Poco antes de empezarse la batalla de Waterloo decía Napoleon: De cien probabilidades de triunfo tengo noventa y nueve.

En esa sola probabilidad que le faltaba se había encerrado traidoramente la derrota mas formidable que registra la historia.

Ahora todo el mundo ve claramente que Napoleon le hubiera cambiado á Wellington las noventa y nueve probabilidades por la única que le faltaba.

Es decir, que hubiera cambiado todo su genio, toda su prevision militar, toda su audacia, todas sus posiciones, todo su ejército por aquella victoria.

Hé aquí cómo se mete la mano en un saco donde hay cien números y se sacan noventa y nueve sin dar con el que se busca.

Hé aquí cómo la casualidad se mofa del talento, de la prevision, de la gloria, de la fuerza y del genio.

Si esto es así, convendremos necesariamente en que la casualidad tiene mas talento, mas sabiduría y mas genio que puede haber en la vasta inteligencia del hombre mas grande.

Y si ahora añadimos que la casualidad es una cosa estúpida, ciega, absurda, ¿qué es lo que nos queda que decir de la soberana inteligencia del hombre?

Son curiosos y admirables á la vez los continuos fenómenos que presenta la soberbia humana.

Por no reconocer el imperio de la Providencia, hemos creado la tiranía de la casualidad.

Así como en el fondo de cada virtud está el principio de la recompensa, en el fondo de cada vicio está el principio del castigo.

Por eso la humildad acaba siempre por enaltecer al hombre, y la soberbia por humillarlo.

Punto y aparte.

¿Por qué razón los *Espectáculos* han de ir siempre seguidos de la *Bolsa*?

¿Por qué lo mas serio, que es el dinero, se ha de poner debajo de lo mas frívolo, que son las diversiones públicas?

¿Por qué órden filosófico se han puesto en correlación estas dos clases de noticias?

¿Será esto un simple capricho de la casualidad?

¿Iran juntas solo porque son noticias? ¿No habrá mas razón para que se encuentren reunidas que las analogías de la forma exterior con que aparecen revestidas?

La *Bolsa* y los *Espectáculos*. ¿Cómo es posible separar hoy esas dos grandes expresiones de la vida moderna?

¿Cómo romper el vínculo que las une, que es esa misma vida?

Dos grandes pensamientos simultáneos, necesarios el uno al otro, propios entre sí como las dos partes de un todo, forman la aspiración comun, general de este pueblo ilustrado, noble, sensato y heroico.

Hace un siglo poco mas ó menos que el ilustre Jovellanos condensó, como ahora se dice, la aspiración del pueblo de Madrid en dos palabras que tenían entre sí una misteriosa relación.

En honor de la verdad histórica debemos decir, que esas palabras no eran mas que la traducción de un grito lanzado muchos siglos antes por el gran pueblo de la antigua Roma.

Jovellanos resumió lo que ahora se llamaría el espíritu público en estas dos palabras: *Pan y Toros*.

Esa frase bien considerada era el germen, como si dijéramos el anuncio, el primer vagido de la presente civilización.

Estaba contenida en esas dos palabras como la espiga está contenida en el grano, como la hoja en el botón, como la flor en el capullo.

Siguiendo eslabon por eslabon la cadena del progreso, nos encontramos en el pleno desarrollo del principio contenido en el pan y en los toros.

Aquella idea se encuentra ya perfectamente desenvuelta.

Pan y toros era un principio toscó, una síntesis bárbara que desarrollándose, extendiéndose, esparramándose arroja á la cara de nuestros tiempos esta otra fórmula pomposa y culta: *Bolsa y Espectáculos*.

Confesemos con orgullo que aquel pensamiento mezzuino de *Pan y Toros* se ha engrandecido maravillosamente tomando la forma espaciosa de *Bolsa y Espectáculos*.

Confesemos con satisfacción que el pan se ha desarrollado en toda clase de moneda, y los toros en toda clase de espectáculos.

Nuestros padres se contentaban con comer y con ir á los toros; nosotros no pensamos mas que en divertirnos y en enriquecernos.

Pan y toros, oro y placeres. Hé aquí dos épocas, dos siglos que tienen necesariamente que darse las manos, que tienen forzosamente que enlazarse por esa razón filosófica y progresiva que obliga al diez y nueve á ir detrás del diez y ocho.

Hé aquí la gran evolución que hemos realizado.

¿Qué hay pues en Madrid?

Repasad la última columna de la cuarta plana de todos los periódicos, y en ella enostraréis el espíritu de la época, el pensamiento público, la aspiración universal en esas dos secciones que diariamente aparecen repetidas por todas partes.

*Boletín de espectáculos, Bolsa de Madrid.*

En esos dos epígrafes está encerrada toda la grandeza y majestad de nuestra civilización.

Así resulta que todo es placer y todo es negocio.

Por eso la palabra *juego*, reuniendo el doble sentido de la diversion y de la ganancia, expresa tan perfectamente todos los actos de nuestra vida pública.

Divertirse y enriquecerse.

En Madrid no se piensa en otra cosa.

Los espectáculos y la *Bolsa* aparecen unidos por un lazo íntimo y estrecho, por ese círculo oculto con que se unen dos palabras, para expresar un solo pensamiento.

Forman todo un tratado de filosofía materialista.

Componen la expresión completa de un sensualismo ilustrado y racional.

El dios de esta época es el oro, y el culto son los placeres.

¿Cómo puede separarse el culto del reconocimiento de la divinidad?

Observad que la diversion y la ganancia se mezclan entre sí como el vino y el agua.

Los negocios se hacen en los salones, en los banquetes, en los teatros, en los bailes y en las grandes reuniones.

Cada vez que el mas fastuoso de los banqueros ofrece al público deslumbrado el opulento espectáculo de una comida espléndida ó de una fiesta estrepitosa, se traen á la vez dos cuentas: unos quieren averiguar lo que le cuesta, otros lo que le vale.

Aquí todo se cotiza, aquí todo nos divierte.

JOSE SELGAS.

### La firma del tratado de paz con el rey de Annam en Hué.

Un testigo ocular de la firma del tratado de paz con el rey Tu-Duc, ha escrito la siguiente correspondencia, mandando al propio tiempo una serie de dibujos sobre este acontecimiento, que reproduciremos en varias veces:

Saigon 8 de mayo de 1863.

Reprimida la insurrección de Go-cong, el vicealmirante Bonard pensó en marchar sin tardanza á Hué para ratificar allí con el rey Tu-Duc el tratado de paz.

Efectivamente, se embarcó á bordo de la fragata *Semiramis*, y el 5 fondeaba en Turana.

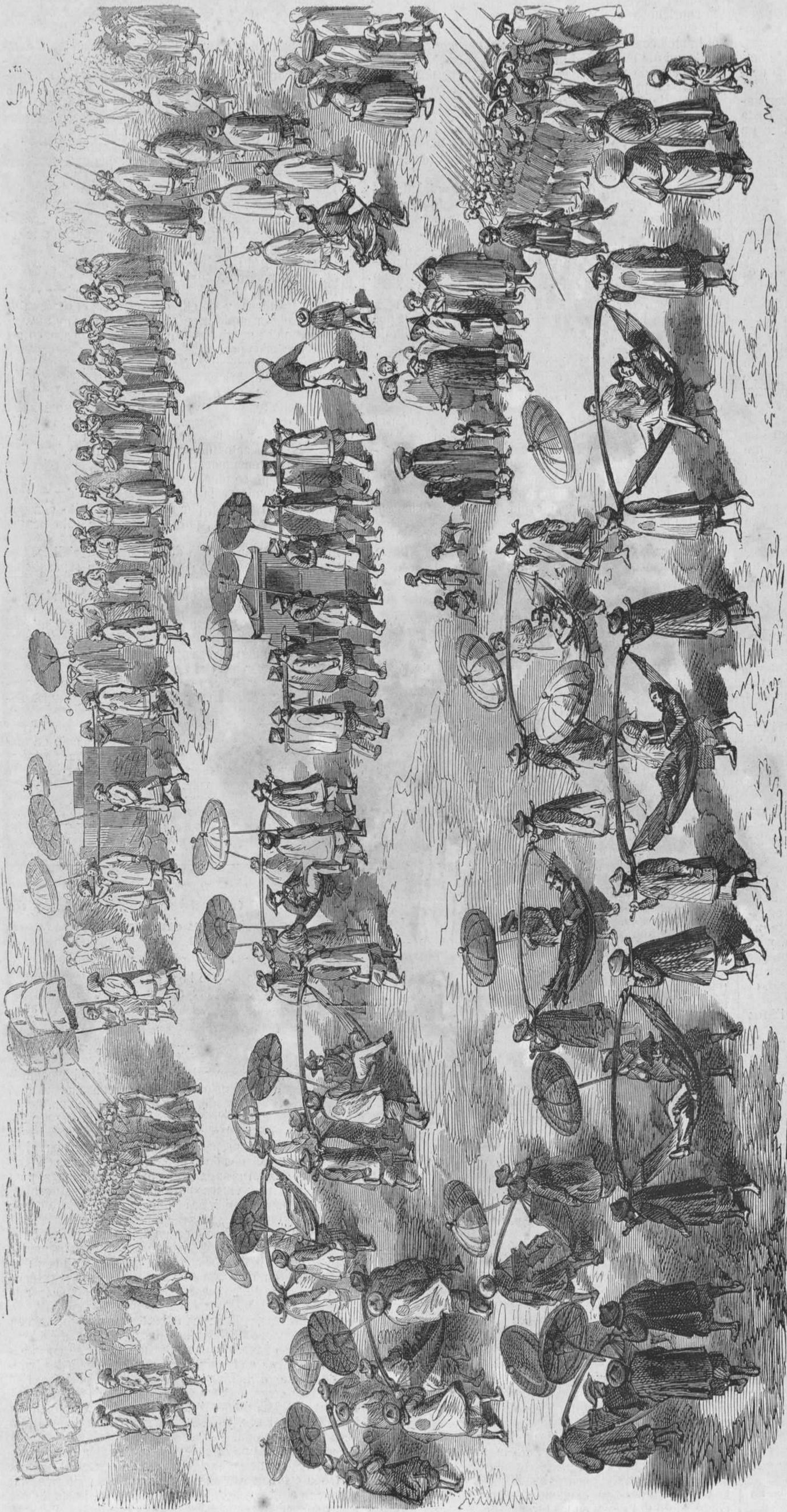
Todo se había preparado para su recepción: altos mandarines enviados de la capital y escalonados en todo el camino habían mandado disponer habitaciones, portadores, relevos y viveres para el almirante y su escolta compuesta por las misiones francesa y española, de cien hombres elegidos entre los diferentes cuerpos.

Varios destacamentos sacados de las tropas regulares acompañaron á la escolta todo el trayecto, y un puesto de honor se había dado al tratado, que llevaron con mucha pompa en un vistoso estrado escarlata y colocaron en el altar de las pagodas donde se detenía la misión.

El 10 llegaron á Hué: todas las tropas annamitas, con sus coroneles y oficiales á la cabeza, estaban escalonados á nuestro paso, y los mandarines nos salieron al encuentro á larga distancia, para conducirnos á las habitaciones que nos habían preparado.

El 14 se cegó el tratado ratificado por S. M. Tu-Duc, con mucha pompa, en el edificio donde se publican los edictos del rey, y el 16 tuvo lugar la audiencia imperial de despedida.

La corte de Annam ha desplegado en esta ocasión un lujo verdaderamente oriental. Mas de dos mil hombres de tropa estaban sobre las armas con sus uniformes de vistosos colores, y los elefantes de guerra, hasta los del rey, adornados y montados por sus conductores, se al-



EXPEDICION DE COCHINCHINA. — El vicealmirante Bonard dirigiéndose con su cortejo al palacio del rey de Annam para la firma del tratado de paz.

zaban como otros tantos monumentos en todas las avenidas que conducían a la ciudadela.

El almirante Bonard se presentó entonces delante de Tu-Duc con su escolta. S. M. annamita se había colocado en un vasto pabellón ricamente adornado; estaba rodeado de los príncipes de las diversas dinastías, y tenía delante de sí una magnífica mesa toda de oro.

En cuanto llegó al puesteo que le había sido señalado, el almirante Bonard dirigió directamente al rey el discurso convenido, que le fué repetido en lengua china, y al que respondió inmediatamente un miembro del consejo privado.

Concluida la ceremonia el cortejo volvió con la misma pompa a su morada, y el 19 se aparejaba para Hué.

P. P.

### Expedición á Méjico.

Publicamos en este número diferentes dibujos relativos á la guerra actual en el territorio mejicano, y entre ellos ocupa el primer lugar el que reproduce el combate de Atlisco. El *Monitor* del 31 de mayo da cuenta en estos términos de ese hecho de armas:

«El 12 de abril, el general en jefe envió en dirección á Atlisco un fuerte reconocimiento mandado por el coronel Brincourt, a cuyas órdenes iban un batallón del 1.º de zuavos, 500 infantes del general Marquez, tres escuadrones franceses y el escuadrón aliado del coronel de la Peña, así como dos piezas de montaña.

«El día 14 encontró el coronel Brincourt, cerca de Atlisco, á Echegaray, jefe de estado mayor de Comonfort, y á Carbajal, que habían avanzado sobre este pueblo por caminos diferentes, y trataban de reunir sus

fuerzas que ascendían á 4,000 caballos, 2,000 infantes y 3 piezas rayadas. Aprovechando el momento de atacar separadamente á las dos columnas enemigas antes de su incorporación, el coronel Brincourt las batió y puso en el mayor desorden. Los juaristas dejaron en el campo varios centenares de hombres y caballos y un material numeroso. Según relación de un desertor, el número de hombres que habían quedado fuera de combate pasaba de 600.

«Nuestras pérdidas consistieron en 3 cazadores de Africa muertos, 1 oficial y 7 jinetes heridos, 17 soldados del escuadrón aliado muertos y 32 heridos.

«El coronel de la Peña se ha distinguido particularmente en esta acción por la bizarría con que ha cargado al enemigo; ha salvado además la vida a varios de nuestros jinetes desmontados y enlazados ya por los mejicanos, ha sido herido matando a varios juaristas con su propia mano, y ha dado tan bello ejemplo a nues-

tros aliados, que el general en jefe ha señalado su comportamiento en la orden del día del ejército.

Otro de nuestros dibujos representa un ataque dirigido por los mejicanos contra un convoy de víveres mandado por el general Neigre, en los últimos días del mes de abril. Un centenar de zuavos y de cazadores de Africa habían salido muy de mañana hacia los caseríos que rodean a Cholula para proteger a los agentes de la intendencia que hacían compras y cargamentos de granos. Comonfort, que ocupaba San Martino á 30 kilómetros de distancia, conociendo este movimiento, envió una parte de su ejército, unos 4,000 hombres, caballería, infantería y artillería para impedir que el abastecimiento se efectuara. La caballería, compuesta de cinco escuadrones, llegó prontamente sobre el convoy, pero fué mantenida en respeto por el fuego de cuarenta zuavos y de dos pelotones de cazadores de Africa dispuestos en tiradores por su capitán M. Jourde, únicos pro-

**Revista de Paris.**

rizas de la fábrica, especie de bodegas abovedadas paralelas al gran frente del rediente que pudo ser flanqueado por las caballerizas.

» Hubo allí una derrota completa de los mejicanos, los cuales, al fugarse por la galería subterránea, indicaron el camino de la cuadra 31 á nuestros soldados, quienes los siguieron por ella, mataron á muchos é hicieron 200 prisioneros.

» Nuestras pérdidas han sido mínimas, gracias al arrojizo de nuestros cazadores del 18º batallón y de los zuevos del tercer regimiento, que se han portado admirablemente.

Por una suerte providencial, ni un solo oficial de tropa ha sido tocado. Únicamente M. Galiffet, de mi estado mayor, ha sido gravemente herido por un casco de bomba ó granada, pero conservo la esperanza de salvarlo. »

P. P.

iglesias como casas, y donde todas las casas con azoteas se dominan unas á otras. En la cuadra 29, entre otras, había una fábrica en cuyo patio habían los mejicanos hecho una especie de rediente cuyas dos caras se apoyaban en los dos lados del patio en las casas aspilleras.

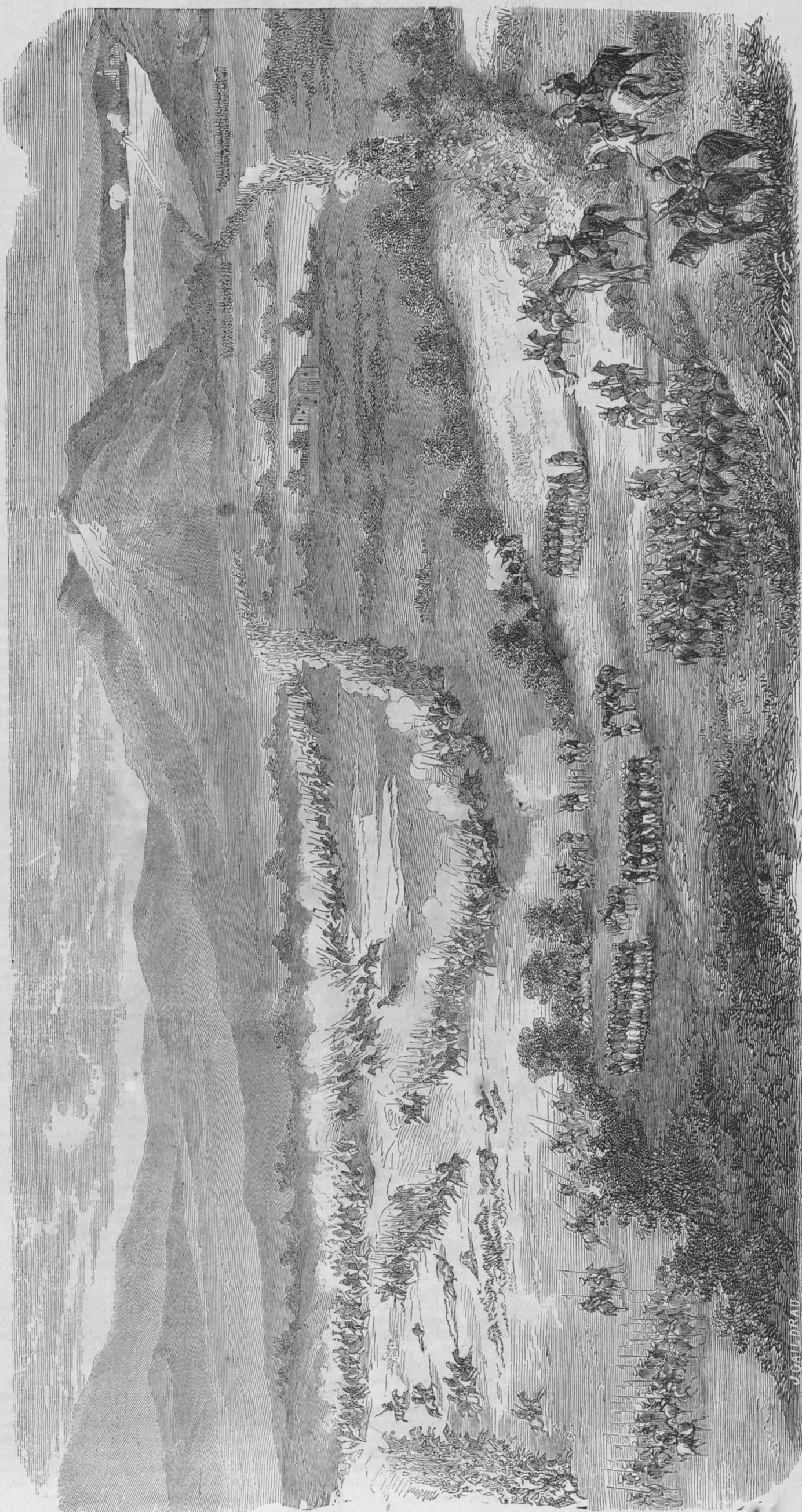
» A este rediente precedía un enorme foso de 4 á 5 metros de ancho y otro tanto de profundo. El parapeto tenía mas de 4 metros de espesor, y la escarpa interior estaba formada con enormes vigas de madera de encina. Detrás de este rediente, todas las construcciones estaban aspilleras y las salidas preparadas y cubiertas de tambores. La comunicacion de una cuadra á otra estaba establecida por medio de una galería subterránea.

» Nuestros soldados jamás hubieran podido tomar esta obra si la brecha abierta en la cuadra, por indicacion de un habitante, no hubiera dado acceso á las caballe-

tectores del convoy en aquel momento. Informado de este ataque el general Neigre, prometiéndose cercar al enemigo, marchó con rapidez por el camino de Méjico que abraza Cholula y sus inmediaciones, á la encrucijada de los dos caminos. Le seguian dos escuadrones de cazadores de Africa, un batallón del 1º de zuevos con su coronel M. Brincourt á la cabeza, y algunos cazadores de infantería del 18º, escoltando dos piezas de montaña. Mil hombres en suma, que segun la correspondencia que extraetamos, fueron bastantes para proteger el convoy, poniendo en precipitada fuga á los mejicanos.

Por último, hé aquí algunos detalles sobre la toma de la cuadra n.º 29, que traducimos del parte oficial del general Forey, fechado el 3 de mayo.

« Con nada de lo que se ve en Francia puede compararse la disposicion de Puebla, disposicion que es la de todas las ciudades de Méjico, que cuentan casi tantas



EXPEDICION A MEJICO. — Conjunto topográfico del combate de Atlixco.

J. GALIFFET

ocho ó diez cordilleras de rocas. Júzguese pues si los aficionados á paseos campestres tendrán donde explayarse en espacios tan inmensos.

A propósito de Fontainebleau, hé aquí una anécdota:

Un empleado superior de un ministerio había enviado hace pocos días á su señora á casa de un pariente suyo que se halla de temporada en Fontainebleau, cuando una mañana estando en su oficina le advirtieron que una señora deseaba hablarle sobre un asunto de urgencia.

Al punto mandó que la introdujeran, y en efecto, vió entrar á una mujer de treinta y cinco á cuarenta años, del porte mas decente.

— Caballero, le dijo cuando el funcionario la suplicó que tomara asiento; vengo de Fontainebleau, donde una desgracia...

— ¿Le ha sucedido algo á mi señora? interrumpió con ansiedad el empleado.

— Tranquílese Vd., contestó la visitante; la vida de su señora está en salvo.

— Pero en fin, ¿qué es lo que ha ocurrido?

— Un accidente. Figúrese Vd. que su esposa, queriendo tomar un libro de un estante, se resbaló de la escalerilla, cayó al suelo y se rompió el hueso de la pierna derecha.

— ¡Dios mío!

— No se alarme Vd. La fractura es sencilla, y mi marido, á quien llamaron inmediatamente...

— ¡Su marido de Vd!

— Sí, señor, es médico en Fontainebleau.

— ¿Y qué hizo?

— La operó y responde de la cura.

— ¿Será cosa de tiempo?

— Sí y no. No, si la aplican al instante un aparato que mi marido me ha enviado á comprar á casa de Charrieres, donde quiere que le elija yo misma con arreglo á sus instrucciones; de paso me ha dicho que le advirtiera á Vd.; el precio del aparato es de 200 francos.

El funcionario se apresura á entregar esta cantidad á la visitante.

— Voy á ir con Vd., la dice.

— Guárdese Vd. bien de hacer semejante cosa.

— ¿Y por qué razón?

— Mi marido afirma que en este momento la mas ligera emocion puede ser fatal á la enferma; como que me ha encargado decir á Vd. que no se presente en Fontainebleau sino pasadas veinte y cuatro horas, pues en otro caso no responde de nada.

El funcionario se resignó, pero á eso de las cuatro, cuando se cerró su oficina, no pudo resistir mas; se fué al camino de hierro, llegó á Fontainebleau y se dirigió á casa de su pariente.

A medida que se acercaba su corazón se oprimía fuertemente; mas hé aquí que al llegar á la casa oye alegres risas que le colman de asombro.

Entra, y ¡cuál no sería su estupefacción, cuando ve á su esposa jugando con las niñas en el jardín!

Inmediatamente la señora corre á él, y le pregunta á qué debía el placer de su visita.

El empleado cuenta lo sucedido, y reconoce que había sido víctima de una estafa combinada con una destreza admirable.

Puesto que hemos comenzado esta revista recorriendo las cercanías de París, ó mejor dicho, el París de verano, vamos á contar otra anécdota no menos singular, aunque de distinto género y de un desenlace mas triste.

Un comerciante retirado había ido á visitar últimamente á uno de sus amigos que habita una propiedad cerca de Soissons, y en el momento de la despedida, este le dió un encargo.

— Tengo un primo hermano domiciliado en Suresnes, le dijo el de Soissons, y desearia que se viera Vd. con él y le entregara en propias manos estos diez mil francos, al punto que haya llegado Vd. á París, pues supongo que le hace mucha falta este dinero.

— Nada mas fácil, amigo mío.

— La suma en cuestion constituye el resto de una bonita fortuna. Mi primo fué en otro tiempo el hombre mas feliz del mundo, pero su felicidad fué destruida por pesares domésticos. De buen corazón, mas débil de carácter, Carlos D... se dejó abatir, y luego para ahogar sus penas emprendió locas especulaciones á que le arrastraron malos amigos; su ruina era completa ya, y yo todavía la ignoraba. Mi cariño hacía él era muy grande, y compadecido de su desventurada posición le recogí en mi casa; pero cambió de tal manera, se hizo tan gruñón, tan pendenciero, tan insostenible, que cuando un día se le ocurrió separarse de mí, no hice nada para quitarle esta idea de la cabeza. Entonces me ocupé en recoger los restos de su naufragio, y á fuerza de idas y venidas he logrado reunir estos diez mil francos.

Al siguiente día de su llegada á París el comerciante pasó á Suresnes para cumplir su encargo; y habiendo indagado las señas de la casa de Carlos D..., supo en esta que aquel á quien buscaba había abandonado el pueblo hacia mes y medio, y se había ido á vivir á Puteaux.

El tiempo estaba hermoso, y el comerciante despues de haberse informado del camino de esta localidad, se puso en marcha al través de los campos. Muy luego le pareció el paseo mas largo de lo que había creído, y sentándose en una piedra, sacó del bolsillo la cartera que contenia los diez mil francos y se puso á examinar algunos papeles. De repente oye pasos y distingue á corta distancia un individuo cuya traza no tenia nada de agradable en aquellos sitios.

Recogiendo con presteza sus papeles, el comerciante guarda á toda prisa ó cree guardar la cartera en el bolsillo y se aleja en direccion contraria; pero no había andado algunos pasos cuando oye que le llaman y le dicen:

— Venga Vd. á buscar su cartera que ha dejado Vd. caer.

Efectivamente, en su precipitación nuestro hombre no acertó con su bolsillo, y su cartera se resbaló al suelo.

No pudo menos de reírse de su espanto inmotivado, y volviendo velozmente, dió gracias con efusion al individuo desconocido, suplicándole que aceptara un testimonio de su gratitud; pero este hombre le respondió con desden:

— Guarde Vd. su dinero, que yo no lo quiero para nada.

Y al mismo tiempo se alejó á paso rápido.

El comerciante no halló en Puteaux al que buscaba; largo rato esperó inútilmente su vuelta, y acabó por pedir á un vecino le advirtiera que pasara á París á fin de cobrar un dinero que tenian que entregarle.

Dos días despues el comerciante recibió la visita no del que esperaba, sino del vecino, quien se presentaba á decirle que Carlos D... se había ahogado voluntariamente en el Sena el mismo día que el encargado de llevarle el dinero había ido á Puteaux.

De las explicaciones subsiguientes, añade el periódico judicial que ha referido esta anécdota, resulta que por un acaso de los mas singulares, Carlos D... era justamente el individuo que el comerciante había encontrado y que había recogido la cartera.

El desconocido no sospechaba por cierto que aquella cartera contenia una pequeña fortuna que le estaba destinada. Es probable que si la hubiese recibido entonces, no habría llevado adelante sus proyectos de suicidio.

En una calle poco pasajera de París y enfrente de un obrador de florista, se encuentra una casa de modesta apariencia, pero que tenia dias pasados el privilegio de ocultar un misterio para la muchedumbre de oficialas y de aprendizas que trabajaban haciendo flores. Todas ellas estaban muy alerta á las visitas que hacia á la susodicha casa una señora bella y elegante, que con el velo sobre el rostro, parecia querer sustraerse á las miradas.

— Viene sin duda á una cita, decian las jóvenes; pero lo que las daba mucho que pensar era que nunca, aunque espaban continuamente, habian visto ni entrar en aquella casa ni salir de ella á ningún joven.

Las maliciosas obreras suponian que debía llegar antes de amanecer y salir en la noche, y sobre esta suposición zurcian toda una novela.

Pero un día el asunto pareció complicarse, ó al menos explicarse, pues algunos momentos antes de llegar la dama vieron á un elegante joven que se deslizaba con precaucion en la casa misteriosa.

Fácil es concebir todos los comentarios de nuestras charlatanas, sus risas y sus flechazos á las señoras aristocráticas, pues esta demostraba por su vestidura y sus maneras que pertenecia á una alta clase social.

Pero hé aquí otra complicacion.

De repente distinguen otro caballero con grandes bigotes, un grueso baston y un aire de misterio, que á su vez se pone á contemplar la casa donde han entrado la dama y el mozaibete; y luego, no queriendo perderles de vista ni tampoco dejarse ver, este hombre se esconde detrás de la puerta de la casa donde están en observacion nuestras curiosas.

— ¡Es el marido! no cabe duda, dice una de ellas.

— Seguramente.

— ¡La pobre señora está perdida!

— ¡Es preciso salvarla! dicen entonces en coro todas las jóvenes, con una abnegacion y generosidad propias de los veinte años.

Y á consecuencia de esta resolución se forma un plan de campaña, y una de ellas, la mas lista sin duda, baja la escalera y se lanza á la casa vigilada, encomendándose al dios de los enamorados para que la guie.

En uno de los descansillos del piso principal ve al joven, que con el ojo inquieto y el oido atento, parecia presa de la mas viva ansiedad.

— Vengo á salvar á Vd., le dijo la florista; pronto, déjeme usted tomar su brazo y salgamos.

— ¡Salvarme! ¿Sabe Vd. pues?... murmuró el joven con sorpresa.

— Sí, señor, lo sé todo, responde la muchacha, acordándose de una novela cualquiera. No tiene Vd. mas que este recurso; pero es preciso no perder tiempo.

Y al hablar así pasa su torneado brazo bajo el del mozaibete y le arrastra con ella. Pero ¡ay! no obstante sus buenas intenciones, en lugar de salvarle le perdía.

El hombre oculto no era un marido celoso; era un guarda del comercio que apresó á nuestro elegante, el cual no era tampoco un enamorado, sino un deudor que no podia hacer honor á su firma.

En cuanto á la señora misteriosa, las floristas descubrieron por casualidad al dia siguiente, que iba á la tal casa para hacer una obra caritativa. ¡Júzguese cuán avergonzadas se quedarían de sus sospechas!

A falta de novedades actuales en los teatros de París, hablemos de lo venidero.

En la Grande Opera se está ensayando un baile en un acto titulado *Diabolina*, y cuya protagonista será la Mourawieff, la bailarina á la moda. Es obra del coreógrafo Saint-Leon y del compositor Pagni, y ha sido encargada por la empresa del teatro, á fin de poner en relieve todas las cualidades de la célebre rusa. Parece ser que es un baile de accion, eminentemente cómico. En el mundo de los bastidores de la Opera se habla ya mucho de dos pasos muy originales en los que la Mourawieff desplega todos los recursos de la ciencia coreográfica, el paso de la *Scarpella* ó de la mula, y el paso del tambor en traje de cantinera.

En esta semana se ha leído á los artistas de la Opera Cómica una nueva producción de MM. Cormon y M. Carré, música de M. A. Maillart, titulada *Lara*. Esta lectura ha obtenido un verdadero triunfo, segun anuncian los periódicos musicales, y se han repartido los papeles á los principales artistas del teatro.

Entre tanto el comité del Teatro Francés acaba de recibir una comedia en cuatro actos de M. Jules Sandeau, señalada ya como una obra importante.

En nuestra última revista hemos hablado de un nuevo medio escénico de que se ocupan mucho en el dia en Londres donde se halla puesto en práctica, y en París donde dentro de pocas noches se expondrá á la curiosidad pública. Consiste en apariciones de espectros en la escena que producen la mas completa ilusion.

Un periódico científico da la explicacion mecánica de este nuevo recurso dramático.

Por medio de un espejo de grandes dimensiones y sin azogar, se divide en dos compartimientos el escenario donde se quiere que aparezcan los espectros.

El primero de estos compartimientos es para los personajes destinados á producir la ilusion, y en el segundo trabajan verdaderamente los actores de la pieza.

Todo ello está dispuesto de manera que los espectadores, sumergidos en una oscuridad casi completa, tengan delante de sí la prolongacion del primer compartimiento.

Estos mismos espectadores ven pues directamente al través del espejo los personajes del drama, y por «reflexion» las imágenes formadas en el primer compartimiento.

Estas imágenes, mucho menos luminosas, parecen surgir en medio de los actores y tomar el aspecto de fantasmas; y además, por medio de juegos del espejo y del alumbrado, se adelantán, retroceden, parecen ocupar un puesto en medio de los actores, y desaparecen cuando se quiere al través de las partes sólidas de las decoraciones.

Fácil es comprender todo el partido que se puede sacar de esta fantasmagoría perfeccionada por la ciencia.

Vamos á concluir con una noticia literaria bastante ignorada en el momento en que escribimos. Próximamente verán la luz pública dos nuevas obras de M. de Lamartine, la primera titulada *Historia parlamentaria de la Francia de 1830 á 1851*, y la segunda *Memorias*. Ahora bien, estas Memorias de M. de Lamartine constarán de seis volúmenes, y han sido compradas por los editores de los *Miserables* en 350,000 francos, suma pagada en el dia.

MARIANO URRABIETA.

### Flaquezas del corazón.

Un dia de otoño, cerca de medio dia, cruzaba un joven los baños de Augusto en el jardín de Nimes: miraba las limpidas aguas en que el sol reverberaba sus resplandores, y caminaba despacio con las manos guardadas en los bolsillos del pantalon é inclinada la frente. Parecia un anticuario empeñado en resolver un problema de arqueología; mas cuando levantaba la cabeza, dos expresivos ojos azules y un semblante de melancólica y trasparente palidez revelaba un pensamiento mas dulce, mas tiernas imágenes. Los ancianos que van á calentar sus arrecidos miembros en los silenciosos senderos del jardín, se sonreian al verle empujar con indolencia las hojas muertas, y mas de uno decia meneando la cabeza: — El amor anda por ahí.

Seguia el joven á la ventura las revueltas de una oscura senda, y entre un grupo de acacias que llovian sobre el suelo sus florecillas doradas, delante del templo de Diana, divisó una mujer apoyada sobre el roto pedestal de una columna. El ruido de los pasos del manco la hizo volver la cabeza descubriendo su lindísimo rostro, en el que brillaba una lágrima trémula entre pestañas negras. Un súbito carmin coloreó sus mejillas.

— ¡Pobre mujer! dijo el joven para sí; tambien padece, y siguió su camino.

Una hora despues, á la puerta de las Mensagerías, llamaba el conductor á los viajeros, uno tras otro. Cuatro robustos caballos enganchados á la diligencia de Clermont-Ferrand relinchaban y se agitaban en deseos de partir.

— ¡M. Leon de Artigues! gritó el conductor.

— Presente, contestó el joven de los ojos azules, saltando de un brinco á la berlina.

— ¡Madama Berta Tuvenal!

Acercóse una señora rebozada en un chal negro. Volvióse Leon y reconoció su encuentro del templo de Diana.

Solos estaban en la berlina Berta y Leon. Tenia la joven inclinada la cabeza sobre el seno, pero sin verle conocia que el joven la miraba de reojo, no se atrevia á alzar la vista y se ruborizaba bajo el velo. Para sacudir esta sensacion, se acercó á la portezuela, descorrió el cristal y miró la campiña ocupada por los vendimiadores. Leon siguió el movimiento y de este modo se colocaron de espaldas. El viento que del mar venia calmó la agitacion infantil de Berta: los cantos de los vendimiadores borraron de la mente de Leon el recuerdo de su vecina. Extendió Berta los graciosos piececitos y se acurrucó en un rincón con la monada de una gata perezosa. Leon cruzó las piernas y dejó caer la cabeza sobre los cojines. Sin embargo, por la tarde, cansada Berta sin duda de meditar, dió alguna libertad á sus pupilas, y una mirada que atravesó las mallas de su velo se dirigió al semblante de su silencioso compañero.

— ¡Qué palido está! dijo, y otra mirada siguió á la primera.

En seguida se le ocurrió la idea de lo extraño que era que un muchacho tan joven estuviera tan triste. Y vuelta á mirar y á observar que tenia hermosos ojos y frente despejada.

Dos sentimientos se despertaron á la par y flotaron en su espíritu como esas leves llamas que brillan en las praderas las noches de verano: algo de despecho y un poco de curiosidad. Con languida mano apartó el velo que cubria sus facciones y abandonó á las brisas de la tarde los rizos de sus cabellos rubios. Leon suspiró y se ocultó el rostro con las manos.

Una idea repentina iluminó el corazón de la viajante.

— ¡Pobre joven! ¡Está enamorado!

A las ocho pararon á comer en una aldea, y Leon asió la linda mano de su compañera para ayudarla á apearse. Ella le dió gracias con una purísima mirada.

— ¡Oh Dios! dijo Leon, está de luto: ¡tan joven, tan linda y ya desgraciada!

A la salida de la aldea habia una cuesta, entrambos

la subieron á pié. Ensanchaba la luna su disco sobre el horizonte y bañaba con trémulo fulgor las primeras pendientes de Cevennes cubiertas de castaños. Caminaba Leon junto á Berta; no se hablaban, pero un conductor invisible trasladaba de uno á otro los secretos pensamientos que rebosaban en sus corazones. En lo alto de la cuesta se sentaron.

Leon dirigió sus ojos hacia el trozo de horizonte que ocultaba el Languedoc: abriéronse sus labios para entonar un canto lastimero cuyos suaves acentos volaban hacia el valle en alas de la brisa. Berta se estremeció, apoyó la cabeza entre las manos y comenzó á escuchar con el corazón así como Leon cantaba con el alma; pero no podía contener sus lágrimas.

— ¿Qué teneis, señora? exclamó Leon asiendo las manos de Berta.

Quiso ella sonreirse, y clavó sus ojos húmedos de llanto en los de Leon.

— Nada, dijo, nada; un recuerdo que me ha despertado ese romance.

— ¡Ah! ¡vos tambien! exclamó Leon.

— Pues qué, ¿no es la casualidad la que os ha dictado esa canción?

— ¿La casualidad? no; muchas veces la he oido cuando era feliz.

— Y ahora, como á mí, solo os recuerda amargas memorias.

— ¡Vos, tan jóven y tan bella! Pero Dios, señora, se apiadará de vuestros sufrimientos, al paso que para mí no hay esperanza.

— ¡A vuestra edad! eso es una blasfemia, esperad, esperad.

Se acercaba la diligencia, y la voz del conductor interrumpió su conversacion.

Esta breve conferencia fué como el rayo del sol de mayo que derrite las nieves: ya no se rebozó la señora con el celoso velo, y el jóven no hizo caso del paisaje que se desplegaba vagamente á favor de los blandos destellos del cielo tachonado de estrellas. Las noches tibias y bañadas de luz son favorables para pensamientos dulces, y parece que los ensueños gratos flotan en el aire con los balsámicos aromas del tomillo y la retama. Un sueño perfumado cerró los párpados de entrambos viajeros, y se perdieron sus almas en el aéreo reino de los sueños.

Al amanecer, una sacudida despertó á Leon: al abrir los ojos vió á su vecina que dormía dulcemente con la cabeza apoyada en su hombro. Un malicioso embite del carruaje la habia empujado hacia él, y Leon no se atrevió á acusar al destino, pero evocó el recuerdo de la amiga ausente, y tomó animosamente la resolucion de mirar al campo. El céfiro de la mañana levantó los dorados rizos que inundaban el cuello de Berta, y los envió á las megillas de Leon que contemplaba á su hermosa dormida: bien hubiera querido el jóven cerrar los ojos ó volver la cabeza, pero un encanto divino se lo impedía.

— Ella tambien era rubia, decia; y una lágrima lentamente formada cayó sobre la desnuda mano de Berta.

Abrió Berta los ojos, y su despertar fué una sonrisa. Pero sintió muy cerca de su oido los latidos del corazón de Leon, y confusa se retiró á un rincon de la berlina: pero á semejanza del salvaje de la antigüedad, al huir lanzó al jóven una mirada que turbó su alma.

Ni uno ni otro se atrevió á romper el silencio, y hasta medio dia permaneció Berta en su rincon, inmóvil como una virgen en su nicho.

A esta hora se tomó una taza de leche caliente en Florac, mezquina subprefectura situada junto á un arroyo entre dos racimos de colinas. Por la tarde se avistó á Mende con su puntiagudo campanario en el fondo de una llanura, nido de hombres abierto en un hueco de montañas. A la salida de esta humilde capital de la Lozere, Leon y Berta se apearon, dejando detrás á la diligencia que subia las cuestas mas despacio. Apartaba Berta los guijarros con el cuento de su sombrilla, y Leon silbaba entre dientes. Tropezó Berta en una piedra; ¿seria por casualidad? un grito de pajarillo asustado salió de sus labios. Lanzóse Leon y la cogió del brazo: ella se dejó conducir, y tomaron un sendero florido que cortaba el camino.

Cuando volvieron al vértice de la montaña se volvieron y miraron á sus piés: como una hormiga se arrastraba la diligencia por la pendiente.

— Allá abajo está el Languedoc, dijo Leon inclinando su cabeza á la derecha.

— Y allí la Provenza, dijo Berta extendiendo su rosado dedo hacia la izquierda.

— ¿Está ella en Languedoc? dijo la jóven con una expresion indefinible en la voz y en la mirada.

— Si, repuso Leon, en una quinta cerca de Narbona.

— ¿Es bonita? preguntó su indiscreta compañera, que como todas las mujeres, lo primero que inquiria era la figura, homenaje involuntario que explicaba el soberano poder de la belleza.

— ¡Bonita! exclamó Leon; divina como los ángeles.

— ¡Ah! repuso Berta, tronchando una margarita con su sombrilla.

— ¡Bonita! prosiguió el entusiasta jóven; era una niña: diez y siete años escasos; cabellos rubios como los vuestros.

Berta se sonrió.

— Rasgados y expresivos ojos, dulces como los vuestros; manos mas blancas que la azucena, y ese mismo encantador atractivo que en vos resplandece... ¡Y me preguntais si mi Enriqueta era bonita!... ¡Mas ay! ¡he perdido este tesoro!

Berta se acercó.

— Le recobrareis, dijo, y se tropezaron sus manos y ya no se separaron.

— ¿Y él, está en Provenza? preguntó Leon á su vez.

— Estaba, contestó Berta, filtrandose una lágrima entre sus párpados.

— ¡Le amábais mucho!

— ¡Si le amaba! ¡ah! señor, como vos amábais á Enriqueta.

— ¡Ah! exclamó Leon.

— Tenia yo diez y ocho años cuando me casé con Eduardo. Pero Dios no quiere que la felicidad resida en la tierra á fin de que no se olvide el cielo. Me la ha arrebatado y tras ella ha volado mi corazón.

Leon se acercó otro poco: ni una paja cabia ya entre ellos.

— Me deciais que esperara; esperad vos tambien: Dios os reserva dias felices.

— A mí, dijo, á mí, no; á vos tal vez puesto que ella vive.

— Está casada.

— ¡Casada!

— Su padre la ha entregado á un propietario del pais: ha llorado mucho; pero á los diez y siete años se olvida aprisa, y ya se sonreia cuando su madre la condujo al altar. Yo estaba enfermo, y mi padre me hizo poner en camino, creyendo que un viaje me curaria.

— ¿Y dónde vais?

— A Paris.

— Como yo.

— Me hablareis de él.

— Y vos de ella...

— ¡Al coche! ¡al coche! gritó el postillon que salvara las asperezas de la cuesta.

— Tan pronto, dijo Leon involuntariamente. Berta no dijo nada, pero suspiró.

Tendiéronse sobre los valles las sombras de la noche. Las abubillas despedian sus melancólicas notas en los añejos troncos de los nogales: sentiase un viento frio, porque no estaban ya bajo el tibio cielo de Languedoc. Berta temblando se arropó con su chal, cerró los cristales y cruzó sus manecitas sobre el corazón.

— ¡Oh! ¡qué frio hace! dijo.

— Tomad mi capa, exclamó Leon sacándola.

— ¿Y vos?

— Para nada la necesito.

— ¿Con esa levitilla, y estando casi enfermo?

— Me siento mucho mejor.

— No importa: seria una locura que no permitiré.

— ¿Rehusais?

— Sin duda alguna.

— Pues bien, yo tampoco la usaré.

Los viajeros se volvieron la espalda; pasó una hora sin que ni uno ni otro diese señal de vida, y entre tanto la capa yacia entre ambos. Cuando se figuró que Berta estaria dormida, levantó Leon la capa con cuidado y la echó sobre los hombros de su compañera; mas esta que sintió la accion, hizo un movimiento y dejó caer la capa.

— No quiero, dijo con una vocecilla imperiosa que el frio tornaba tiritona.

— Pero si sufris.

— ¿Qué importa? no soy egoista, y no quiero que os resulte perjuicio por mi causa.

— Tomad ahora la capa y luego veremos.

— Pues bien, dijo accediendo, consentó, pero con la condicion...

Leon la comprendió antes de que se atreviese á terminar su frase y la dió gracias con una mirada: antes de trascurrir un minuto, Berta y Leon se guarecian con la misma capa, como Pablo y Virginia. Pero no estaban serenos y risueños como Virginia y Pablo: sentia Berta los latidos de su corazón: imágenes confusas cruzaban por delante de Leon con la indecisa claridad de la noche. Quedara la mano de su compañera prisionera entre las suyas, no se atrevia la jóven á retirarla, y corrientes eléctricas que brotaban de su blanca mano pasaban á las venas de Leon. Levantó este la mano y la apoyó en su corazón: estremeciósese Berta, y así quedaron entrambos inmóviles y mudos aguardando el dia sin deseárselo tal vez. Sombra de Eduardo, recuerdo de Enriqueta, ¿dónde estabais entonces?

La diligencia de Clermont-Ferrand pasa algunas horas en Saint-Flour, pueblecillo de Auvernia situado en lo alto de una montaña. Era domingo, y la poblacion campesina aunaba los negocios del mundo con los de la religion pasando de la catedral á la plaza del mercado, donde se vendian los granos y comestibles.

Y corrieron las calles de Saint-Flour, apoyada Berta en el brazo de Leon, y como iban hablandose quedó y unido el pensamiento por medio de la mirada, dos lugares dijeron al pasar con rústica buena fe:

— ¡Miren qué novios tan guapos!

Berta y Leon se pusieron como cerezas, y como pajarillos asustados cesaron de charlar.

De Saint-Flour á Clermont-Ferrand, el pais cortado es favorable para pasear; así que en estos sitios es muy frecuente hallar trepando cuestas lindas viajeras que miran el paisaje hablando de Paris.

Esto mismo hicieron Leon y Berta adelantándose á la diligencia. Bebían leche caliente en las cabañas, comian nueces por el camino, recogian flores, y así que habia cansancio, volvian á subir á su berlina, donde el amor trepaba tras ellos.

Al apasearse en Clermont, lo primero que hizo Leon fué ir á tomar los tres asientos del coche para Paris, y volvió mas ufano de su conquista que un rey de una provincia ganada. No le riñó mucho Berta, y se pusieron en camino.

Dos dias despues llevó el correo las dos cartas que á continuacion copiamos, una á Paris y otra á Narbona.

Fontainebleau 30 de setiembre de 18...

« Mi querida madre: No os inquieteis de que aun no esté en Paris y en vuestros brazos como yo deseo; pero en un camino no puede hacerse todo lo que se quiere. Mejor me comprendereis cuando sepais que ha faltado poco para que pereciésemos todos al entrar en Nevers. Gracias al cielo, no me ha costado mas que una caja de sombrero que cayó al rio, y hemos tenido que pasar la noche en una malditísima posada. Al dia siguiente me puse en camino creyéndome bastante fuerte para llegar de un tiron á Paris; pero el susto habia sido demasiado grande, y no he podido pasar de Fontainebleau. He tenido que detenerme pensando que me repondrian dos ó tres dias de descanso. Me siento muchísimo mejor, y el ejercicio y el aire libre me han restituido algo de la salud que habia perdido. Hasta la vista, madre mia, que será muy pronto. Vuestra presencia, no mas, querida madre, puede endulzar los pesares de mi vida.

» Una y mil veces os abraza, vuestra amante hija,  
» BERTA TUBENAL. »

Fontainebleau 30 de diciembre de 18...

« Querido padre: Con placer recibireis la noticia de que mi viaje se ha efectuado con la mayor felicidad, excepto un incidente cómico ocurrido en las cercanias de Nevers; hemos volcado bonitamente, y en la jarana he perdido un guante. Ya estaria en Paris, si al atravesar por Fontainebleau no me hubiera seducido la belleza de sus bosques. Como acaso no hallaré ocasion mas propicia de enterarme de las curiosidades de este pais, me he detenido unos dias. No tengo prisa, y ya echo de ver que tenia razon vuestra experiencia cuando me aconsejaba un viaje como el remedio mas eficaz de mis males. Todavía sufro mucho y sufriré largo tiempo, pero siquiera el movimiento ha calmado la agitacion de mi corazón. Dentro de dos ó tres dias partiré y escribiré mas largo desde Paris. Os abraza tiernamente vuestro afectísimo hijo. — LEON DE ARTIGUES. »

Debemos suponer que la mansion de Fontainebleau estaba llena de encantos, porque Leon y Berta no llegaron á Paris hasta el 5 ó 6 de octubre, esto es, algo despues de lo que habian anunciado.

Todo marchaba perfectamente, y los dos amantes habian llegado á ese punto supremo en que la ventura presente mata la idea del porvenir y el recuerdo de lo pasado, hasta que una carta de M. de Artigues vino á destruir todos los encantos de su dicha.

El padre de Leon era hombre prudente, que penetrara desde luego que el dolor se extinguiera en el alma de su hijo; habiale dejado nadar algun tiempo en las delicias infinitas de la independencia y del amor, reservándose el llamarle para cuando el jóven aturcido, extraviado en el océano parisiense, tuviera el capricho de aventurarse demasiado.

Este dia llegó por fin, y Leon corrió á casa de Berta, pálido, fuera de sí.

— ¿Qué teneis? le dijo la jóven que estaba sola.

— Mirad, exclamó alargándole la carta.

— ¡Oh, Dios mio! dijo despues de leer, cayendo sobre su sofá.

Pero á los diez y nueve años duran poco los desmayos, los síncope requieren la experiencia y madurez de las mujeres de treinta años.

— ¡Y vas á obedecer! dijo la jóven abriendo los ojos.

— Me quedaré, contestó Leon enérgicamente.

— Todos los padres son tiranos, repuso Berta frunciendo el ceño.

— Y el mio en particular, continuó Leon. Me despide de Narbona contra mi gusto, y me llama cuando deseo quedarme en Paris. Pero veremos.

Una vez lanzados en esta senda, no tardaron los dos amantes en comprender todas las teorías sobre la legitimidad de la insurreccion, y se acordó por unanimidad oponer la resistencia al abuso del poder.

Peró cuando se trató de redactar la carta de protesta, alcanzó Leon las dificultades de su situacion; no tenia razon plausible que alegar, y M. de Artigues por su parte habia expuesto media docena excelentes.

En vez de protestar contra la autoridad, trató Leon de eludirla: agotó todo el arsenal de enfermedades, de viajes y negocios para retardar su marcha. Esto duró mas de dos meses, y M. de Artigues, que era zorro viejo, no se daba prisa: sabia que el tiempo gasta la resistencia.

Cuando no tuvo Leon pretexto que imaginar, se resolvió á tomar el billete de la diligencia. Fué dia de lágrimas y desesperacion; pero al cabo partió, y lo menos que se prometieron Berta y él fué amarse eternamente.

No hacia parada la diligencia donde Leon no escribiese un billete, y ya se adivina á lo que todos se reducian.

Tres meses se adoraron por el correo á razon de noventa céntimos por juramento de amor.

— Es una llama que me cuesta 27 francos al mes, decia M. de Artigues; en conciencia, no tengo derecho para enfadarme.

Llegó un dia en que faltó la carta, y la misma tarde, departiendo con su hijo, le preguntó M. de Artigues si le pesaria casarse.

— ¡Yo! exclamó el jóven con terror.

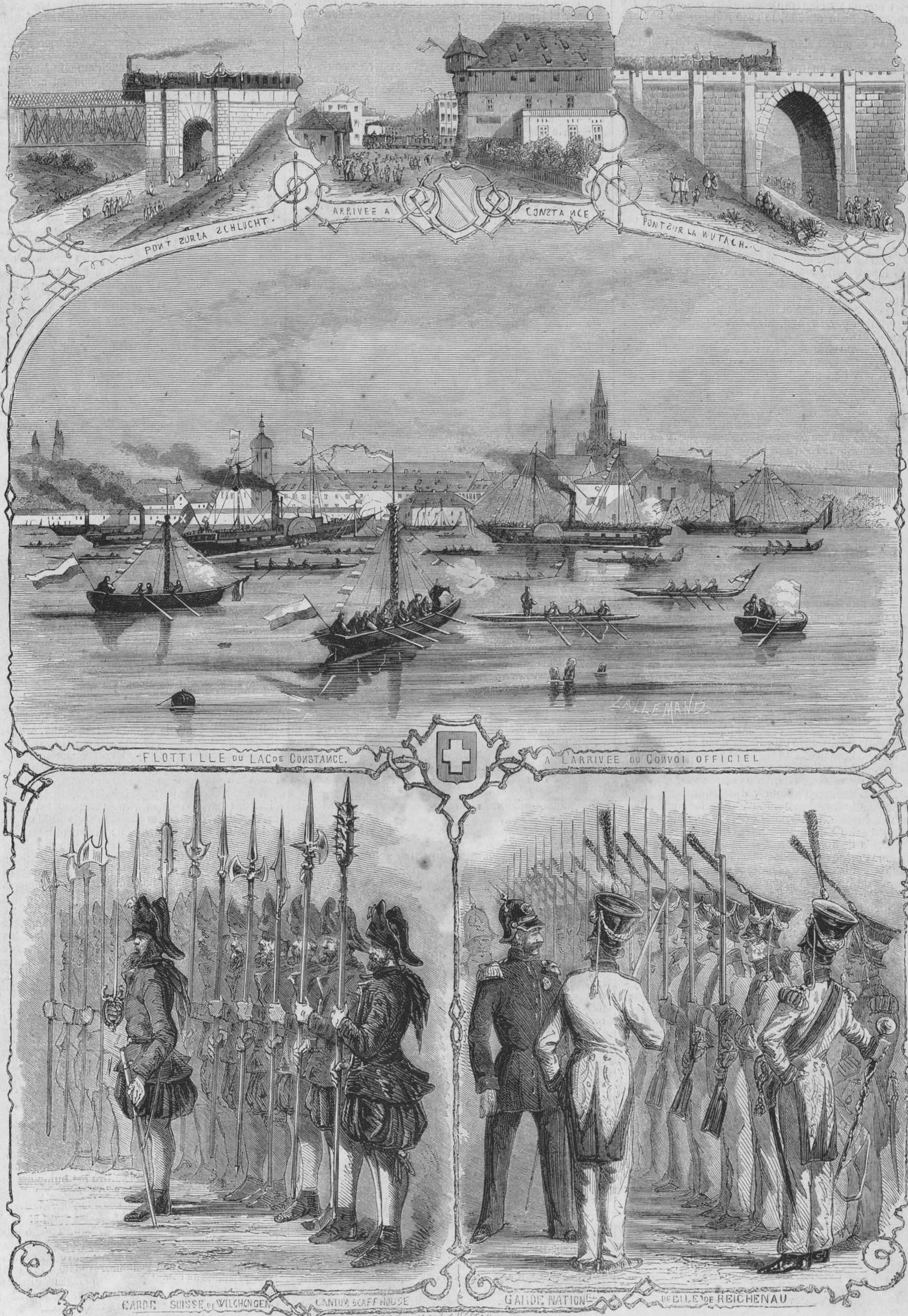
— ¡Oh! no quiero nada por fuerza... harás tu gusto... habia pensado en la señorita Eulalia D...



EXPEDICION A MEJICO. — Convoy de víveres á las órdenes del general Neigre atacado por los mejicanos en el camino de Cholula.



Toma de la cuadra núm. 29 por el 18º batallón de cazadores de infantería y el 3º de zuavos.



Inauguración del ferro-carril de Waldshut á Constanza.

— ¡Esa joven que tiene tan hermosos ojos!...

— La misma; y cien mil escudos de dote. La verás y resolverás. Si te agrada, te caso; si no, no hablaré más del asunto.

Narbona es una ciudad poco recreativa. En bailando dos veces en invierno en casa del *mairé* ó del subprefecto, en matando cuatro ó cinco perdices por otoño y fumando media docena de cigarros por día, se cierra la cuenta de los placeres, se vacía la copa de las distracciones. En provincia se casan muchos por ocuparse en algo.

Berta había ido á Dieppe y no escribía. Leon tuvo unos negocios en Marsella, y se ahorró el trabajo de contestar.

— ¡Oh! cuánto me alegraría de ir á Italia este verano, dijo una noche la señorita Eulalia mirando á Leon.

— De tí pende el acompañarla, insinuó M. de Artigues á su hijo.

Dos meses despues se cruzaban dos cartas por el camino de Paris. Leon se estaba atando la corbata blanca de ceremonia, cuando leyó lo que sigue:

«Madama B. tiene el honor de daros parte del casamiento de su hija, madama Berta de Tuvenal, con M. C...»

La otra llegó á manos de Berta á su regreso de la iglesia, decía así:

«M. de Artigues tiene el honor de participaros el enlace contraído por su hijo, M. Leon de Artigues, con Mlle Eulalia D...»

Sonrióse Leon tristemente. Un prolongado suspiro, último adios consagrado á un amor extinguido, inflamó su pecho, una lágrima humedeció sus párpados y dijo para sí:

— ¡Era un corazón excelente! ¡Dios la haga dichosa!

Berta estrujó la carta con despecho, y sus lindas cejas se frunció un instante; en seguida una dulce sonrisa animó sus labios y restituyó á su rostro la mas graciosa expresión. Estiró la carta, la volvió á leer, y como un eco del pensamiento de Leon, murmuró su boca muy quedito:

— ¡Era un excelente joven! ¡Dios le haga feliz!

M. C.

### Inauguración del ferro-carril

DE WALDSHUT A CONSTANZA.

La vía férrea que completa la red setentrional de los caminos de hierro suizos, la de Waldshut a Constanza, ha sido inaugurada el 17 de este mes.

Waldshut, pequeña población del gran ducado de Baden, había sido designada como punto de reunión, y allí fué presentada la delegación suiza al gran duque, quien la recibió con las mas lisonjeras palabras. Nunca se había visto fiesta semejante en Waldshut. Por todas partes arcos de triunfo y banderas, músicas en todas las calles, aldeanos engalanados que habían acudido de todos los pueblos contiguos, burgomaestres con sus antiguos trajes llenos de cadenas de plata, y una infinidad de diputaciones, todo esto había dado al pueblo badense un brillo inusitado.

Dos locomotoras llevaron á Constanza el tren oficial cuyos wagones estaban adornados con banderas y guirnaldas. En Wilchingen veinte y dos cañonazos (tantos como hay cantones suizos) anunciaron á los convidados que acababan de atravesar la frontera, y una diputación schaffuesa salió á complimentar al gran duque.

La guardia de honor de esta estación había sido confiada á unos mozos que todos ellos llevaban el traje de los antiguos suizos. Pero nada mas poético que las diputaciones de hermosas jóvenes que casi en todas las paradas del cantón de Schaffouse ofrecían el vino de honor á los convidados en grandes copas de plata.

A eso del medio día el convoy entró en la capital del cantón, donde una delegación del consejo nacional y los miembros del gobierno de Schaffouse recibieron al gran duque y á los convidados.

En esta ciudad el cortejo se detiene y almuerza.

En la mesa, discurso del presidente de la confederación helvética, M. Fornerod, que brinda al gran duque, y respuesta de este último.

Pero el tren no ha llegado todavía á su destino; vuelve á emprender la marcha, atraviesa Rodolphzell, y llega hácia la bella margen suiza del lago de Constanza, tan graciosa y risueña. Una flotilla de vapores, de canoas y de pequeñas embarcaciones cubría el lago y mezclaba con el azul de sus aguas los vivos y variados colores de las banderas.

En la estación de Constanza había oficiales y funcionarios badenses que se reunieron con los convidados de Waldshut y de Schaffouse, elevando á 600 el número de los convidados que se encontraban en la antigua sala del concilio.

Aquí hubo otros discursos y otros brindis que no enumeraremos. Bastenos decir que la cordialidad y la alegría no cesaron un solo instante de reinar en esta fiesta internacional, que dejará los mejores recuerdos en las poblaciones de entrambos países. C.

### La enamorada recluta.

POR DON B. DEL BARCO.

(Continuación.)

El recién venido ligeramente turbado hizo con la cabeza un signo de afirmación.

— ¡Entonces ya habréis oído hablar de mí! prosiguió con cierto énfasis el desgraciado novio de Carlota. Yo soy el famoso Federico de Leipzig, expulsado de la universidad por haber colocado una cabeza de barro en la tribuna que ocupaba el respetable y sabio doctor Arnemam.

El estudiante inclinó la cabeza, y Federico continuó: — Ahora tengo que reñir con ese diablo de granadero que ves ahí abajo, y que mas que hombre parece una montaña de carne y huesos.

— ¿Queréis que juzgue vuestra desventaja?

— ¡No! os venia á suplicar que fuérais mi testigo, porque él tiene dos: yo no cuento mas que uno, y eso es contra costumbre.

— ¡Yo testigo de un duelo! exclamó el estudiante con visible sobresalto.

— Estáis ahora por lo visto en el aprendizaje; pero ya debéis de haberos batido por cuenta vuestra, si sois verdadero estudiante.

Estas palabras hicieron salir al joven los colores al rostro y se apresuró á decir:

— Seré vuestro testigo, aunque un asunto urgente me llama para Altranstad.

— Pronto os dejaré en libertad, contestó Federico con melancólica sonrisa, Herman se divertirá, porque no pienso defenderme.

Mientras tanto el granadero blandía el sable y pateaba porque tardaba en venir á batirse.

Una ráfaga de crueldad fría brillaba en sus ojos; las narices tenía abiertas, como las del tigre cuando olfatea su presa, y la risa insultante crispaba sus labios.

Cuando sus ojos se encontraron con los del estudiante, la inquietud se pintó en su rostro; pero despues de haberle examinado con atención se convenció de no haber visto jamás aquel rostro pálido y hermoso, respiró fuertemente como quien ha sufrido una impresión parecida al miedo.

Involuntariamente recordó la última mirada del oficial sajón que acababa de matar la anterior noche, y sintió vagos deseos de no portarse como una bestia feroz delante del nuevo testigo de Federico, juzgando para sus adentros perdonar la vida á su adversario. Herman no lo conocía; pero se dejaba arrastrar por un instinto mas fuerte que su voluntad.

Los dos soldados cruzaron los aceros. El estudiante siguió con avidez los golpes y reveses que se tiraban, y diciéndose á sí mismo:

— Voy á saber lo que es necesario para matar á un hombre.

Despues de algunos minutos de combate, Federico cayó sin sentido con una herida bajo la tetilla derecha.

El estudiante levantó los ojos á Herman con una expresión de amenaza; pero la bestial figura del granadero le causó tan vivo sentimiento de repulsión y antipatía, que se preguntó:

— ¿Dónde he visto, y qué daño me ha hecho este hombre?

Los cuidados que necesitaba la herida de Federico, que trasportado al campamento no tardó en volver en sí, le hicieron olvidar tan negro presentimiento.

Herman cumplió su palabra, pues solo tocó á su adversario con la punta de la espada.

Al otro día Federico se paseaba del brazo de su testigo.

— ¿Cómo te llamas, camarada? preguntó el herido á Margarita?

— Jebus Zorn, contestó el falso estudiante despues de un rato de vacilación.

— Bien, Jebus, si puedo serte útil en ese negocio que trae á Altranstad, dispon de mí para lo que gustes. Ahí tienes mi bolsa si has venido para divertirme, y mi espada está á tu servicio si tienes alguna querrela por evacuar.

— Yo no soy ni un perdido ni un espadachín, amigo mio.

Federico se sonrió diciendo:

— ¡Vamos, soy muy tonto! ¡Esos ojos no son borrachos ni pendencieros! ¡Son ojos de enamorado! ¡por las once mil vírgenes de Colonia! ¿Te ruborizas? ¡Tanto peor! ¿he acertado, camarada? No cuentes en la materia con mis consejos, porque tengo horror á las mujeres.

— ¿Es posible, amigo mio?

Esta duda, expresada en voz limitada, excitó la indignación de Federico, que repuso:

— Jebus, en el campo de batalla no socorrería á un amigo sabiendo que estaba enamorado... creeria hacerle un flaco servicio salvándole la vida.

— Serenaos, amigo mio. Yo no soy ningún trovador.

— ¡Voto al diablo! Eres un muchacho valiente. Aunque hace poco que te conozco, haré por tí lo que no haría por la muchacha mas bonita del mundo.

Una sonrisa imperceptible asomó á los labios de Margarita. Era la primera vez que se sonreía desde la muerte de Eurico.

— Jebus Zorn, prosiguió Federico en tono muy formal, jurémonos amistad fraternal, porque no siempre estaremos acordes para ligarnos con la amistad novelesca de esos héroes modernos que nos ha trasmitido la antigüedad.

— Como quieras, replicó Margarita; concluiremos por ser dos amigos mas célebres que Castor y Pólux, Orestes y Pilades, y...

— Basta, le interrumpió el herido. Veo que no perdiste el tiempo en la universidad de Goettingue, y sabes mas que muchos doctores.

Con esa penetración femenil, Margarita había comprendido que este joven era entusiasta y loco, pero

franco y leal, á quien podía indicarle el camino que había trazado para conseguir su objeto.

— Ahora que somos amigos hasta morir, á la manera de los trescientos tebanos, no debemos tener secretos el uno para el otro, repuso Federico; así, dime, ¿qué vienes á hacer en Altranstad?

— A sentar plaza, dijo sencillamente Margarita.

— ¡Tú sientas plaza! ¡bendición del cielo! ¡Hé ahí una palabra que en mi herida produce el efecto de un bálsamo maravilloso! De esa manera viviremos juntos para no separarnos jamás.

— ¿Quién, continuó Margarita, se atreverá á decir que la muerte no es el inseparable y caprichoso compañero del soldado?

— Camarada Jebus, en tu frente se ve dibujada la inquietud, y tus palabras son demasiado tristes. ¿Tienes alguna pena oculta?

— Sí, amigo mio, una herida mas difícil de curar que la vuestra.

— ¡Sientas plaza para dejarte matar! pobre corazón, exclamó Federico en tono de reprensión; ¡ni así podrás ser feliz! Ahora mismo vas á ver un hombre que se arrojaba furiosamente en medio del combate; pero ¡ay! en vez de morir el desgraciado, siempre salía sano y salvo. A fuerza de obstinarse en morir en la pelea ha encontrado el título de mariscal de campo, y nadie lo merece mejor que él. Este hombre es Rinchild, el brazo derecho de Carlos XII.

Hablando así los nuevos amigos volvieron al campamento, y aquella misma tarde, gracias á las relaciones de Enganilfed, Margarita quedó alistada bajo el nombre de Jebus Zorn. El uniforme de fusilero reemplazó el de estudiante, del cual no conservó otra cosa que el puñal. Como perteneciente á la misma compañía que Federico, durmió en la misma tienda con otros soldados.

### III.

Durante los ocho primeros días, Margarita que solo soñaba en su venganza, recorrió cantina por cantina todos los bodegones, escoltada por su amigo que no la dejaba á sol ni á sombra.

Se sentaba á la mesa con todos los soldados, y los obsequiaba grandemente para celebrar su bienvenida, así que no cesaban de admirarse de la inagotable mina del joven camarada, y de la fabulosa prodigalidad de su madre.

Además, el bello joven Jebus Zorn era mas jugador que un taurín, y se dejaba engañar con tan noble indiferencia, que todos los bigotazos entrecanos del campamento se disputaban el favor de cambiar con él algunas partidas de naipes ó dados. Cuando estos cuecos se habían enriquecido con sus despojos, los jugaban entre sí.

Los que no tenían dinero jugaban alhajas, y entonces Margarita no se apartaba de allí, porque tenía esperanza de ver su retrato ó la sortija de Eurico.

Una fiebre lenta de venganza la destruía, y la idea de su perdido amor la trastornaba el cerebro.

Frecuentemente reunía al rededor de una mesa cubierta de jarros de cerveza y botellas de aguardiente, á los soldados mas famosos por su bravura.

Allí les hacía contar sus batallas, el asalto de esta ciudad, el saqueo de la otra, mientras les escanciaba mas y mas botellas para excitar su verbosidad.

La prometida de Eurico, de codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, escuchaba con la misma atención de un juez tan extraños como horrosos lances, mezclados de potmenores de ferocidad salvaje, que por vanidad recargaba el narrador de negros colores.

— Es espantoso y horrible, decía Jebus Zorn al fin de cada narración; pero quien concibió y llevó á cabo el golpe de Lutzen, debe de ser el mas valiente de todos nuestros camaradas. Al tiempo que profería estas palabras recorria con ojo escrutador todos aquellos rostros curtidos y llenos de cicatrices, queriendo sorprender en ellos alguna risa ó estremecimiento de orgullo. ¡Nada!

Todos permanecían impasibles. Entonces Margarita se levantaba diciendo con melancólica tranquilidad:

— ¡Mañana empezare de nuevo!

Pero los días pasaban, y ni siquiera había podido descender la punta del misterioso velo que cubría á los asesinos de Eurico.

Durante este tiempo los desengaños y los disgustos no la dejaban vivir. Acostumbrada á una vida pacífica, piadosa y regular, se veía arrojada en medio del tumulto de la licencia y agitación de un campamento.

Su alma pura y candida se rebelaba al verse obligada á sufrir este juego abominable; ¡pobre niña! Incesantemente oía groseras conversaciones sin que el fusilero Jebus tuviese derecho de ruborizarse. Era una perla extraviada entre los guijarros que arrastra el mar. Los que veían á Jebus Zorn reír entre los bulliciosos convidados no podían comprender lo que sufría Margarita.

Un día en que se hallaba abatida y casi desesperada, preguntándose á sí misma que si lo que perseguía era un sueño, temblaba al pensar que quizá á cada momento estaría tocando la mano del asesino de Eurico ó bebería en el mismo vaso. Federico entró á la sazón muy alegre, y dándole con la mano en el hombro, le dijo:

— ¡Camarada! dentro de ocho días hay gran feria en Leipzig, noble ciudad en la que ninguna otra puede disputar la gloria de haberme visto nacer.

— ¡Y que me importa!

— Una cuarentena de nuestros compañeros quieren ir á vender á los judíos del bazar objetos de oro y plata que han recogido durante la campaña. Unámonos á ellos,

solo dista cinco leguas de aquí, y he alcanzado dos plazas en un furgon de viveres.

— ¡Ah! ¿quieren vender el botin en Leipzig? dijo Margarita levantándose.

— ¡Si! se dice que un húsar ha vendido ayer una sortija que valia mas de sesenta piastras de plata.

— ¿Cómo? ¡Una sortija! ¡una sortija! repetia la joven con agitacion. Camarada, vámonos juntos a la feria. Puede ser que allí encuentre por bajo precio algunas alhajas que me convengan.

Los dos inseparables se fueron a ocupar su plaza en el furgon, donde ya se encontraban Herman y algunos otros suecos.

En el momento que llegaron a la ciudad, Margarita se dirigió al estrecho y oscuro bazar de los judios, preguntó a todos los mercaderes si tenían de venta alguna buena sortija ó un recio medallon para colocar retrato semejante al óvalo que les enseñaba recortado en un naipe.

Sus maneras llenas de nobleza y distincion inclinaban a los judios para hacer *negocio* con aquel niño pródigo huido de la casa paterna, y se apresuraban a enseñarle los objetos mas preciosos de sus tiendas. En ninguna encontró lo que buscaba; pero cuando iban a retirarse, Federico poniendo la mano sobre un medalloncito guarnecido de diamantes, exclamó sorprendido:

— ¡Mira, Jebus, mira! ¿No te parece tu vivo retrato bajo la forma de una mujer? Margarita cogió el medallon con mano temblorosa. En efecto, aquel era el que buscaba. Sonriéndose mientras que el corazon le latia tan fuertemente que casi no podia respirar, le midió con el naipe.

— Me agrada mucho por el parecido. Además el óvalo es exacto al modelo que he traído. ¿Cuánto vale este medallon?

— Sesenta pesos fuertes, gentil caballero, para no perder tiempo en regatear. No obstante que me han dicho que sólo la pintura los vale.

Federico miraba con admiracion a su amigo murmurando:

— Caprichoso como una señorita, en lugar de vender como los demás, compra dejándose engañar por estos judios; mas ¿a qué contrariarle?

Margarita sacó del bolsillo un puñado de oro, y llevándose aparte al judío, le dijo en voz baja:

— Te pago doble de lo que pides si puedes designarme quién te ha vendido este retrato.

El judío le contestó dándose una palmada en la frente:

— De todo corazon aceptaria la ganancia que me proponéis; pero por desgracia no sé el nombre del soldado que tan caro me hizo pagar una joya que no le costaria gran trabajo adquirir.

Trató de sonreírse el judío por la gracia; pero la mirada de Margarita le heló la sonrisa al preguntarle:

— ¿Con que ha sido un soldado, eh?

— Un soldado, balbuceó el judío que queria vender lo mas caro posible esta confianza. Margarita se impacientaba.

— Dime solo las señas para poderle reconocer, y tuyos son los cien pesos.

El judío miró con precaucion a su alrededor, y no viendo a nadie, explicó de esta manera las señas:

— Es muy alto, tanto que recuerdo tuvo que bajar la cabeza para entrar en mi tienda. Llevaba el uniforme de los granaderos suecos, la barba roja y la cara llena de cicatrices. La verdad, no quisiera encontrarme solo con ese mozo en un camino, ni verle entrar de noche en mi tienda.

Margarita temblaba, porque creia tener delante al asesino de Eurico.

— ¡Gracias! dijo arrojando al judío un puñado de monedas de oro.

Salió con Federico de la covachuela, y se mezcló entre los grupos de soldados que se estaban paseando en la plaza donde tenia lugar la fiesta; pero como nadie tenia permiso, se volvieron a hora avanzada al campamento, donde pasaron alegremente el resto de la noche.

Margarita se perdió exprofeso del bullicio por separarse de Federico, y apoyandose del brazo del gigantesco Herman, a quien no habia perdido de vista desde que salieron del bazar, le hizo entrar en una taberna-bodega poco frecuentada. Mandó traer cartas, algunas botellas de buen vino y dos vasos. Parecia que el recluta se ofrecia a que le desplumaran, por lo que Herman se sentó en seguida. Sobre la mesa habia una agonizante lámpara que no proyectaba sino a desiguales intervalos inciertos resplandores.

Margarita echó vino en los vasos mientras Herman barajaba las cartas, y en un momento se bebieron dos botellas. El granadero apuraba hasta la última gota. La joven despues de haber chocado fraternalmente los vasos, tiraba el contenido debaja de la mesa.

— ¡Ea! amigo Jebus, dijo Herman, si hemos venido a jugar no bebamos mas, porque aunque solo hemos bebido una azumbre, ya empiezo a ver las cosas dobles.

— Juguemos pues, dijo Margarita sacando un bolsillo de seda que contenia unos cien ducados.

— ¡Rayos y truenos! exclamó asombrado el granadero, no parece sino que tienes en el bolsillo todas las minas del Perú.

— Este oro no es mio, y cada vez que lo toco me abrasa los dedos.

— ¡Que no son tuyos esos ducados! Entonces pronto serán míos, murmuró el coloso echando una mirada de pirata al rojo metal que brillaba al débil resplandor de la lámpara.

— Oye, fácilmente los puedes ganar, camarada.

(Se concluirá.)

## Exposicion de bellas artes en 1863.

CUADROS REPRODUCIDOS EN ESTE NUMERO.

M. GINAIN: *Destacamento de la division de Constantina y jefes árabes de la provincia marchando á Argel, con motivo del viaje de SS. MM., en setiembre de 1860.* —

La disposicion de este cuadro está bien entendida, los grupos se hallan bien distribuidos, su aspecto es natural y su efecto general bastante armonioso; por último, la ejecución es facil, pero podria estar mas acabada para un cuadro destinado a ser visto de cerca.

M. DESJOBERT: *Saint-Owen's bay (Jersey).* — La actual escuela francesa de paisistas, dotada sin duda alguna de incontestables méritos, tiene por lo general una mala tendencia, cual es la de atenerse a una ejecución demasiado ligera; sus pinturas apenas son otra cosa que bocetos. M. Desjobert es del cortísimo número de pintores que no marchan por esta vía, autorizada por la complacencia del gusto público. Su pintura tiene cuerpo; sus terrenos son sólidos; sus troncos de árboles están bien estudiados en la rugosidad de su corteza, a la manera de Wynants. Son obras agradables, aunque un tanto monótonas, y donde a veces seria de desear un acento mas sencillez.

M. LANOUÉ: *Vista de los grandes lavaderos de Albano y de Castel-Gandolfo.* — Este cuadro conserva toda la viveza de aspecto de un estudio hecho del natural. Los terrenos, los numerosos senderos que los atraviesan, los árboles desprovistos de follaje que se perfilan sobre el cielo, están pintados cuidadosamente. El pintor ha dejado a los objetos la aspereza de sus matices a fin de conservar a esta vista toda su franqueza.

A. J. D.

## Los segadores salvajes.

¡Cuántos ayes y cuántos gemidos se oyen en las ciudades! ¡Qué de ambiciones, qué de deseos, qué de tristezas producidas por esperanzas locas que nunca se realizarán, por un orgullo insensato, infinitamente superior al mérito de los individuos y a las probabilidades que les reserva la suerte, ya tan liberal con ellos! Si se creyera a la mayor parte de los hombres, la sociedad les debería tesoros, la naturaleza goce infinitos. Y sin embargo, cuando se les mira de cerca, cuando se compara su fortuna, su posición y su valor intrínseco, se ve que han recibido no solo su parte, sino la parte de otros muchos; y su ávido dolor, lejos de excitar interés, excita una justa repugnancia.

Si esos vanidosos descontentos tuvieran derecho para quejarse, ¿qué dirían los habitantes de las montañas, que ni siquiera consiguen comer pan mediante un trabajo excesivo? Sí, ¡hay en Francia como en Suiza centenares de miles de hombres que nunca comen pan! Todo el año viven con patatas, sal y agua, y solo algunos de ellos poseen una vaca ó una cabra, de modo que pueden tomar un poco de leche. Estos pasan por personas acomodadas, y los menos afortunados los miran con respeto. En cuanto a la carne, como ni unos ni otros la prueban, deben concluir por creerla un alimento quimérico. Si quisieran comerla, habiendo reunido la suma necesaria para comprarla y estando determinados a un acto tan pródigo, tendrían que andar tres, cuatro y aun cinco leguas antes de llegar a la carnicería mas próxima. ¡Diez leguas de marcha penosa al través de regiones abruptas para comer un pedazo de vaca ó de cordero! Y ni siquiera tienen judías, pues la judía no se da en las montañas donde acaba con ella el frío de las noches. Por Navidad y por Pascuas, así como en la fiesta de la aldea, los pobres se regalan con una sopa de coles en la cual han introducido un pedazo de tocino, y hablan todo el año de este banquete. En suma, se consideran felices cuando el verano no ha sido muy húmedo, cuando las patatas abundan y maduran sanamente. Si falta este maná de las altas regiones, el hambre, la ruina y la desolacion se difunden por esos preciosos valles donde el poeta se abandona a los mas dulces sueños, donde uno se complacería en ocultar la felicidad, pero donde la naturaleza avara suministra con sentimiento a los indígenas los medios de atender a su subsistencia. Entonces aparecen los judios que prestan el dinero necesario para pasar el invierno sobre la hipoteca de los campos y de las chozas, y se llevan consigo en un pagaré la alegría del montañés, sus sueños de porvenir y la paz de su sueño.

Y todo esto podria pasar si las faenas penosas y poco lucrativas a las que le reduce la aspereza del suelo, no estuviesen acompañadas con frecuencia de espantosos peligros; pero hay industria en que el habitante de los Alpes arriesga diez veces su vida en un solo día. Los segadores salvajes, por ejemplo, se exponen tan a menudo a la muerte como los cazadores de gamuzas, y por un salario tan reducido, que el hombre de los llanos no puede comprender tamaño valor por semejante recompensa. Llamen segadores salvajes (en alemán *wildheuern*), a los que van por las mas altas cornisas, por las cuestas mas escarpadas, por las mas angostas y peligrosas consolas, a buscar el forraje que ni las cabras alcanzan, y que se perdería sin su audacia y agilidad. Vistos de abajo, esos espantosos céspedes imitan cintas y almohadones de terciopelo verde prendidos en los flancos pelados, derechos, pardos ó grises de las rocas. Esta yerbecilla alfombra los dientes, las grietas, las ar-

rugos, los ángulos de la piedra, y alegra su sombrío aspecto con sus frescos matices. Diríase que la naturaleza los ha destinado como lugares de reposo al águila y al gavilán, a fin de que puedan descansar allí un momento mientras sus ojos ávidos exploran el horizonte y los profundos valles. Pero el hombre escala las murallas de granito y pone su planta en esas sinuosidades de donde parece deberian desterrarle sus pesadas formas, así como el temor y el vértigo.

No obstante el nombre que llevan, los segadores salvajes no siegan la yerba aromática de los altos lugares, pues la disposicion de los terrenos no lo permite, sino que la cortan con una hoz, que es su instrumento principal, aunque no el único que emplean. Un palo herido, un pedazo de lienzo muy grueso ó una red redonda, una bolsa para sus provisiones y garfios para asegurar su marcha, le son absolutamente indispensables. Conocido es el uso del palo que usa todo hombre que trepa por las montañas; la cruz de hierro guarnecida de sólidos ganchos que se atan bajo el calzado con correas, sirve para mantenerse en equilibrio en los lugares demasiado peligrosos, y a menudo los segadores de los Alpes trabajan todo el día sin quitársela; en la red ó el pedazo de tela se mete el forraje menudo que corta el temerario jornalero. Una vez que le ha empaquetado como decimos, se trata de bajarlo, lo que es siempre una ruda tarea. El hombre y su carga se encuentran a seis mil ó siete mil piés sobre el nivel del mar, y el fardo pesa hasta cien libras. Si las cuestas que tiene debajo no son demasiado rápidas, arroja por ellas el bulto que rueda y salta a veces a distancias considerables, y el montañés le sigue de lejos en toda libertad, lo que constituye una ventaja en tan penoso trayecto. Pero regularmente los balcones, las gradas, las cornisas donde ha segado dominan una alta muralla perpendicular, y el primer terraplen está demasiado distante para que su cosecha llegue a él sin hacer pedazos su cubierta. Otras veces el declive se halla sembrado de zarzas, de pinos raquíticos, de piedras esparcidas, que detendrían el fardo; y en estos casos el trabajador tiene que cargarse a hombros y que llevarle así a su casa cruzando los caminos mas peligrosos.

¡Qué viaje y qué tarea! En nuestras ciudades no se encontraría un viajero que quisiera emprenderle por muchos miles de francos. Imagínese el lector un muro perpendicular de rocas de mil doscientos a mil quinientos piés de altura. Esta inmensa construcción natural, que daría a los mas vastos edificios la apariencia de un castillo de naipes, se compone generalmente de capas esquistosas, calcáreas ó dolomitas, levantadas, puestas de corte y volviendo su superficie hacia el espectador. El tiempo mina y corroe esas capas gigantescas, y arranca de ellas enormes placas que se precipitan al valle. Su caída dibuja en el sitio que abandonan una línea mas ó menos larga, una cornisa mas ó menos regular, ya inclinada, ya horizontal. Su anchura es unas veces de algunos piés y otras de algunas pulgadas. Estas galerías son los caminos, los senderos de los segadores salvajes, lo mismo que de los cazadores de gamuzas; y cuando brota en ellas la yerba, florecen esas cintas verdes de que hemos hablado. Preciso es haber nacido en la montaña para pasar por allí sin estremecerse. Mas arriba el peñón se eleva en derechura hacia el cielo; mas abajo se sumerge derecho en el abismo. Lejos de ofrecer invariablemente una superficie plana, la orilla está a menudo cortada en bisel; así como suele ser friable, resbaladiza, ó amenazada desprenderse como la parte superior cuyos fragmentos se amontonan al pié de la muralla. El fardo del segador, que tropieza de tiempo en tiempo con la pared, aumenta el peligro. Una distraccion, un paso en falso, un mareo le precipita al golfo despedazándole sobre los abetos ó las rocas. Los arbustos pequeños, los ángulos de la muralla son los que causan el mayor número de accidentes haciendo perder el equilibrio al segador salvaje, que entonces solo por un milagro puede librarse de la muerte.

Sin embargo, otros tropiezos encuentran estos infelices. Unos mueren bajo las peñas que ruedan por la montaña, otros perecen queriendo atravesar los torrentes accidentales que forman las grandes lluvias en los estrechos y las gargantas: ya porque pierden el equilibrio, ya porque les falta pié, el agua furiosa los arrebata y los lleva rodando de cascada en cascada. También sucede que una nevada repentina (pues sobre esas alturas nieva hasta en el corazon del verano) cubre las diminutas galerías que debe atravesar el segador y las pone tan resbaladizas que se hacen impracticables. ¿Qué hacer en este caso? El montañés no puede permanecer indefinidamente sobre una cornisa ó sobre una tribuna natural como una estatua: trata pues de volverse a su choza, donde le esperan su mujer y sus hijos agrupados en torno de la cazuela que contiene la cena; de repente lanza un grito, arroja una mirada al cielo y se hunde en el golfo inexorable.

Para familiarizar a los chicos con estas correrías espantosas, los segadores les llevan en su compañía desde su mas tierna edad: los ojos asustados y la marcha temerosa de los pobrecillos indican bien claramente su miedo. Se agarran a las asperezas de la piedra, huyen del golfo lo mas posible, y contemplan debajo de sí con fuertes latidos de su corazon, las negras legiones de abetos, el blanco vapor de las cascadas, las praderas que serpentean y las techumbres de paja. El padre hace caminar delante de él a su hijo para vigilarle, para darle consejos y para sostener su valor; es un recluta que el veterano forma a la lucha contra la naturaleza.

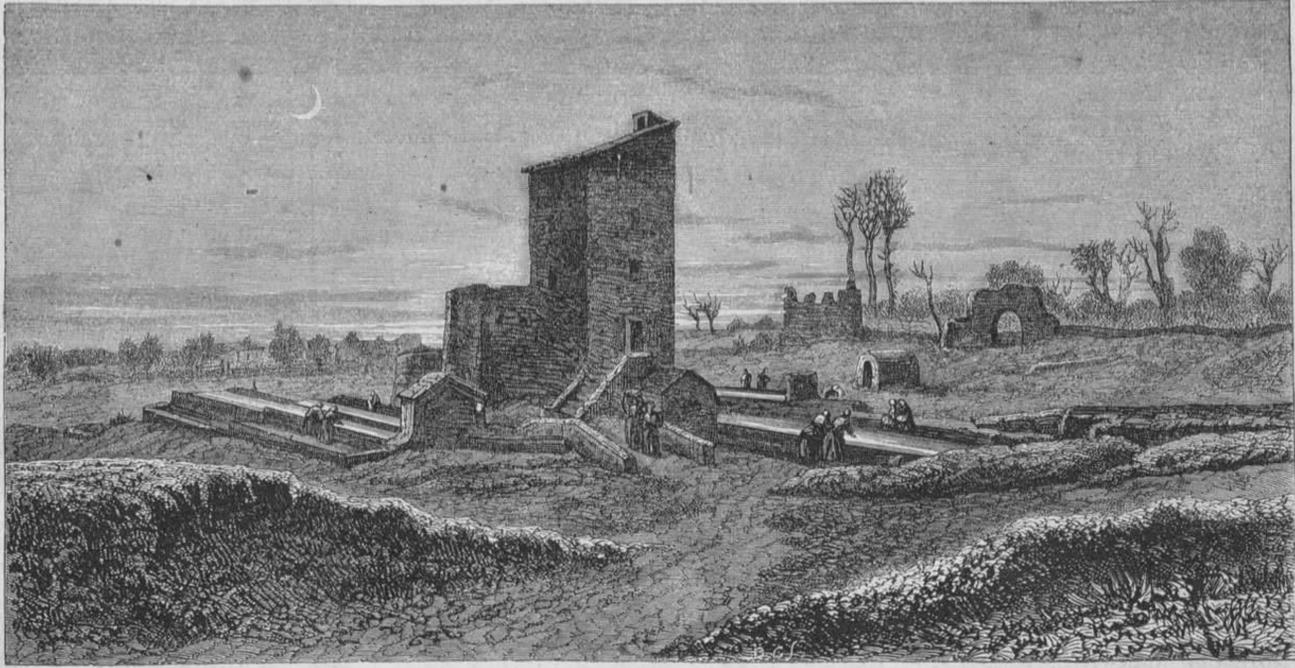
Y al mismo tiempo tiene cuidado de calcular si el producto de su trabajo le permitira pagar sus alquileres

cuando llegue San Miguel. Poco á poco el muchacho se tranquiliza; el carácter animoso, obstinado y audaz del montañés se despierta en él, se desarrolla, y muy luego se complace en desafiarse el peligro, en dar pruebas de destreza y de fuerza.

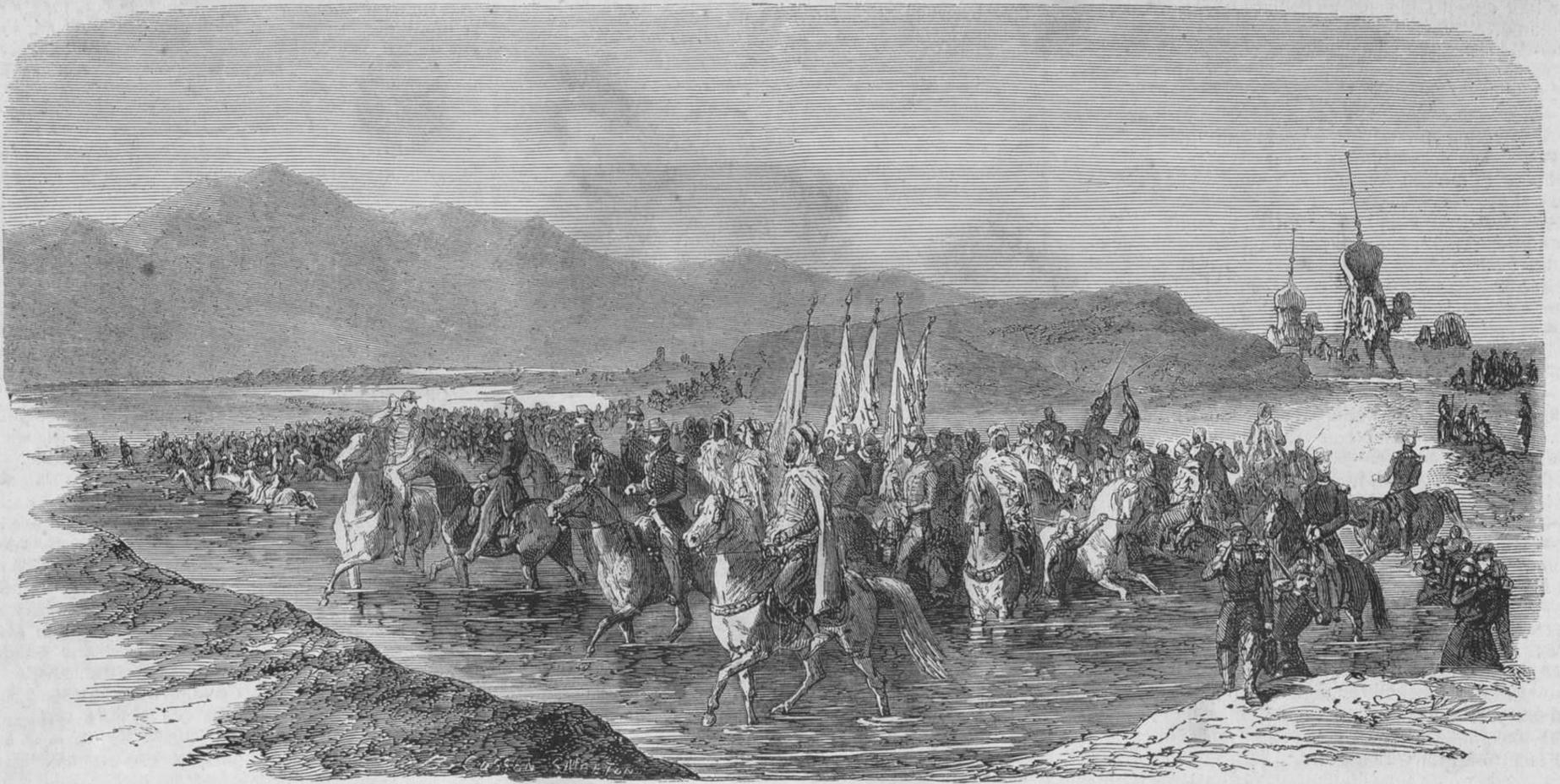
Además la necesidad le obligará á ello: es preciso que siga las huellas de su padre, que vaya hasta en medio de las nubes, de los vientos y de las tempestades á buscar el módico beneficio que debe suministrarle el sustento.

La cualidad mas indispensable para los segadores salvajes lo mismo que para los pastores de los Alpes y los cazadores de gamuzas, es la de no temer el vértigo. En una porción de pun-

tos, si se les va la cabeza, son hombres perdidos. Preciso es que puedan mirar á sus piés sin desvanecerse, hasta profundidades espantosas. Cuando no se posee este privilegio, único á cuyo beneficio se pueden arrostrar los abismos, poco importan la agilidad, el vigor, el pié firme é incansable. Ni el valor preserva del desvanecimiento, aunque el valor sea muy necesario para no turbarse. Es un don mas comun entre los mozos que entre los hombres hechos, pues muchos le pierden al envejecer, y á veces mucho antes de su vejez. Los habitantes de las altas regiones temen este achaque mas que nada, pues él les obliga á renunciar al trabajo en la montaña. Están



EXPOSICION DE 1863. — Vista de los grandes lavaderos de Albano y de Castel-Gandolfo, cuadro por M. F. H. Lanoue.



Destacamento de la division de Constantina y jefes árabes de la provincia marchando á Argel con motivo del viaje de SS. MM., cuadro por M. E. Ginain.

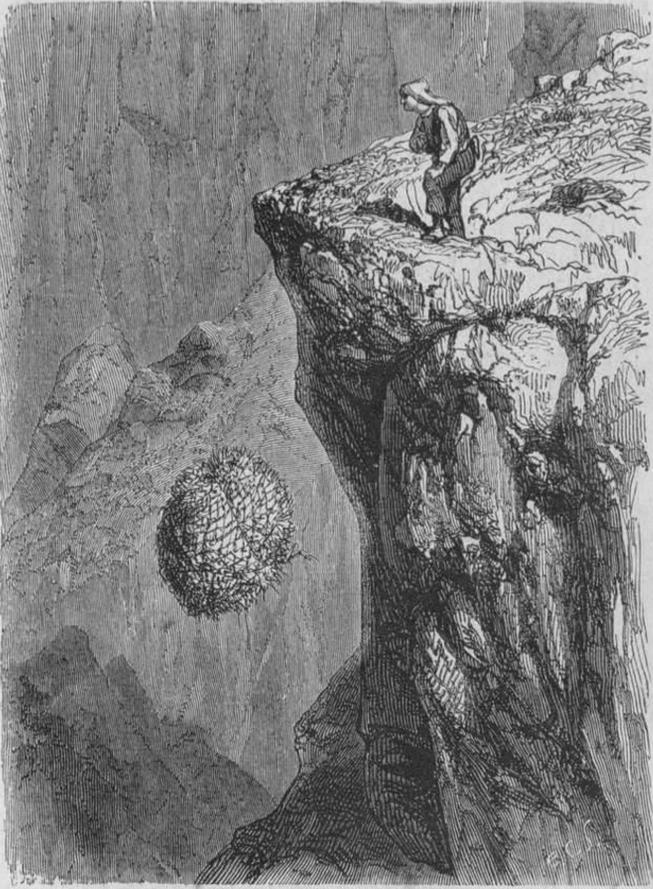
todavía en toda su agilidad y su fuerza; sin embargo, esto no basta para subir al monte, y como inválidos mutilados por la guerra, examinan de lejos su dominio, el campo de batalla donde ya no pueden dar pruebas de su arrojo.

Causan tambien muy tristes accidentes para el segador las violencias de la atmósfera en las montañas y la naturaleza de las yerbas que corta. Son plantas enanas que producen una yerba muy corta: la cariofilata que ostenta una corola de oro sobre un tallo velludo; el llanten de los Alpes que contribuye en gran parte á dar á las vacas de la montaña una rica leche; el crisantemo, con sus hojas dentadas, con sus elegantes flores de un amarillo vivo; el androsace que agrupa sus hojas en roseta; el cumín que siembra de estrellas blancas la verde alfombra; la alquemilla plateada con hojas de un verde sombrío



Saint-Owen's-bay (Jersey), cuadro por M. L. C. Desjobert.

por arriba con una orilla blanca, y guarnecidas por debajo de un vello sedoso como el raso mas fino. Entre estos vegetales poco elevados crecen yerbas mas pequeñas aun y mas frágiles, que se ponen digamos así, bajo su protección: la carlina rojiza aplastada sobre la tierra en forma de escarapela; la verónica de los Alpes que muestra con timidez su espiga de flores azules; la potentilla de color de azafran, temerosa habitante de la montaña que no se atreve á levantar del suelo sus débiles brazos; la fetuca negra, el agrostis, juguete de los vientos, y la yerba ordinaria que se halla en todas partes, que constituye el fondo de los prados lo mismo en las regiones altas que en los llanos. Sobre estas yerbas entrelazadas se destacan aquí y allá la antilla vulneraria de penacho blanco, amarillo y encarnado, el aromático

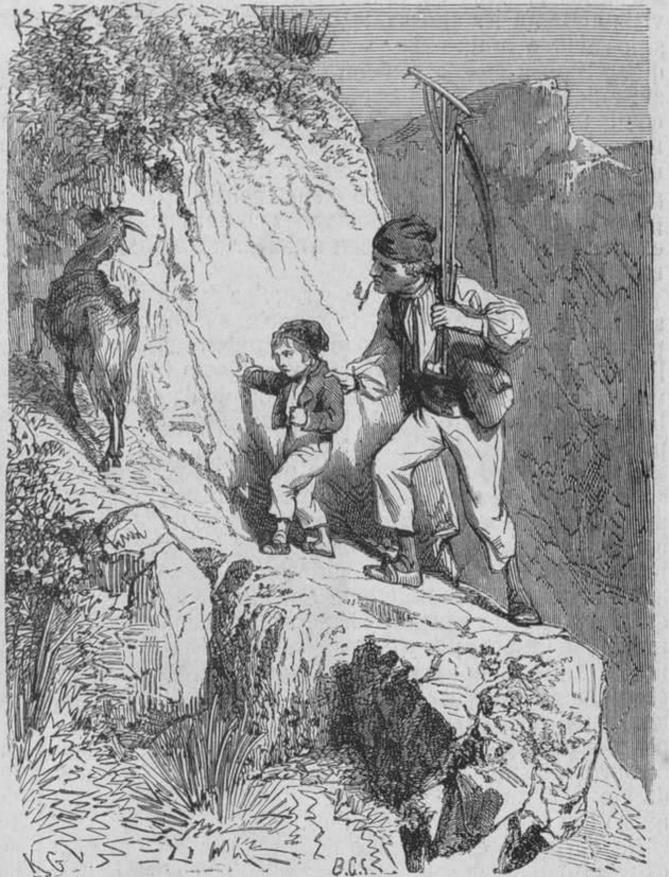


Segador arrojando su carga de lo alto del monte.

milhojas, la retorcida vivipara, el fiteuma, y en fin, la avena abigarrada que mezcla en su ramillete el amarillo, el pardo, el violeta y el blanco.

El forraje que dan estas plantas es de una fuerza incomparable, ceba rápidamente á los animales y produce la mejor leche couocida, de la que sacan riquísimos quesos ó una manteca sin igual. Exhala un olor tan fuerte, que cuando se mete la mano en él, se retira toda perfumada lo mismo que si se hubiera mojado en agua de Colonia. Pero el forraje de las regiones superiores tiene la desventaja de ser muy corto, y sus tallos delgados y ligeros no pueden resistir al menor soplido de viento; la tempestad mas floja le arrebatada y le dispersa; una lluvia un poco fuerte le arranca, sin que el segador pueda prevenir estos accidentes. Al cabo de una tarea penosa en la cual ha jugado su vida, el infeliz ve la inclemencia del cielo que le arranca el fruto de su trabajo; contempla con ojo triste la humilde cosecha convertida en juguete de los elementos, y piensa con dolor que la miseria se va á aumentar, y que las privaciones de su familia van á ser mas crueles.

Si no sobreviene ninguna catástrofe de este género, deja secar la yerba durante toda la noche y se la lleva al día siguiente; la pone en reserva, pues una buena parte del forraje recogido en los sitios peligrosos no va desde luego al fondo de los valles, sino que se espera el invierno para acarrearle en trineos. Hasta entonces le amontonan y le guardan ya en cavernas, ya en grutas de madera toscamente construidas, y pasa allí todo el fin del otoño. En cuanto la capa de nieve es bastante gruesa para que el segador pueda acarrear el forraje



Aprendiz de segador.

aromático, va á arrojarle; pero por lo comun no es bastante rico para abrigarle bajo una cabaña de una sencillez primitiva, y en este caso forma con el montones que rodea con una empalizada y carga con gruesas piedras á fin de que los huracanes no le dispersen. Los montañeses los respetan, lo mismo que en nuestros campos se respeta el trigo; pero los animales no tienen los mismos escrúpulos, y cuando el pobre segador llega á buscar la provision tan penosamente reunida, suele no encontrar mas que sus restos. Las liebres, las gamuzas y otros animales hambrientos por causa de las nieves, la han despachado en su ausencia.

No todo el forraje que se baja de las montañas se cosecha con tanto trabajo; pues hay altas praderas que



LOS SEGADORES SALVAJES. — La cosecha arrebatada por el viento.

disponen y siegan regularmente, como las de los valles. Si distan demasiado de la aldea ó de la granja donde vive el amo, almacenan económicamente la yerba obtenida, y luego la consumen allí cerca, ó bien la trasportan como la otra, cuando el invierno ha formado al trineo un camino resbaladizo.

Hay yerbas muy mal situadas, ya en medio de un ventisquero, ya mas allá ó sobre las orillas que forman sus bordes. Para aprovechar el forraje que allí cortan, es preciso primeramente trasportarle por encima de la sábana siniestra, á veces en un trayecto de muchas leguas. Jorge Kohl, en su viaje á Suiza, distinguió un grupo de hombres á punto de ejecutar tan penoso trabajo. — « Cuando llegábamos á la choza, dice este viajero, vi-



El forraje en la schlitte.

mos venir hácia nosotros á muchos habitantes del Grindelwald que nos saludaron de lejos con alegres gritos á los que respondimos cordialmente, pues en los mares de hielo da tanto gusto encontrar hombres, como distinguir una vela amiga en el Océano. Eran hombres del valle que habian dejado una pequeña provision de forraje en el Stiereck, cerca del Zoesenberg, y que para ir á recogerla se habian provisto de estacas, redes y cuerdas, y además cada uno de ellos llevaba una schlitte (1) en la cabeza. Dejaron sus vehiculos cerca de la cabaña, porque solo desde allí podian servirles. Ante todo tenian que meter la yerba en las redes, y luego debian bajarla hácia la choza por caminos muy resbaladizos y peligrosos sembrados de grietas y muy accidentados. Se me trastornaba la cabeza al pensar que iban á marchar con un peso de ciento y cinco cincuenta libras sobre la cabeza por un sitio semejante. ¿ Qué es una carga de yerba comparada con la vida de un hombre? Pero por otra parte, ¿ qué tienen que ver aqui las reflexiones filosóficas? La yerba está cortada, y es preciso bajarla, aunque perezca algun hombre en el trayecto. Por lo demás, los montañeses se burlan de la temible empresa, y tienen á punto de honra no abandonar su cosecha, aun cuando valiera diez sueldos. »

Es una especie de idea fija en los Alpes el explotar los prados ó los pequeños depósitos de yerba del mas difícil acceso: los montañeses, por instinto y por hábito, arriesgan su vida para ir á segar una placa de yerba grande como un pañuelo, y descuidan en los valles

(1) Trineo ligero de las montañas.



Combate de segadores.

hermosos pedazos de tierra. Diríase que teniendo la vista alzada á las alturas, les es imposible bajarla. Los sitios donde brota el heu silvestre, es decir, la yerba que crece sin la intervencion del hombre, sin abono y sin cuidado, pasan generalmente de la zona arborifera; comienzan á una elevacion de seis mil piés y siguen mucho mas arriba. Cuanto mas se aproximan al cielo, mas exquisito y perfumado encuentran el forraje, llegando á ser tan aromático y sustancioso, que le emplean para sazonar el de los valles con el cual le mezclan. Los caballos no pueden soportar sino una corta racion, porque les embriaga.

Si la temperatura es cálida y regular durante los meses de agosto y setiembre, la cosecha es ventajosa en proporcion. Cada segador puede entonces recoger cien libras por dia, ganando así de tres á cuatro francos. Es un beneficio asombroso en un pais donde dan á los cabreros de siete á ocho sueldos por cabeza de animal por conducirlos y vigilarlos toda la temporada.

Parece natural creer que esas placas de verdura, diseminadas en el desierto y suspendidas sobre el abismo, no sean propiedad de nadie, que pertenezcan solamente á la nacion, y formen una especie de reserva para el pobre laborioso; pero esto seria una ilusion, pues la avidia humana no se detiene ante ningun obstáculo, quiere conquistar siempre y legalizar sus conquistas por medio de reglamentos y de tratados oficiales. Ahí donde no puede haber limites palpables que separen el *tuyo* y el *mío*, en las accidentadas regiones de los Altos Alpes, una linea imaginaria marca el territorio de cada pueblo, pasando por encima de los picos ruinosos, de los sombríos abismos, de los ventisqueros y de los campos de nieve, al través de los golfos inaccesibles, y digámoslo así, al través de las nubes.

No obstante, esta primera demarcacion no basta, y es preciso que una segunda linea ideal trace los limites donde comienzan los prados silvestres, donde cesan los pastos adonde llevan á los rebaños y aquellos que por su posicion son inaccesibles. Segun la ley, el propietario de un espacio tiene el derecho de utilizar *toda la yerba que pueden alcanzar sus ganados*, pues los campos no están contiguos en las montañas, ni divididos artificialmente. Los separan peñascos enormes, agujas, cuevas abruptas, y los verdes islotes, sembrados en derredor, les sirven de complementos. Pero esta frase: « La yerba que pueden alcanzar sus ganados, » no es de una precision matemática. El dominio accesorio que depende del dominio principal, tiene pues una extension mas ó menos grande, segun la avaricia, la imprudencia del amo, la agilidad ó pesadez de sus animales. Unos aventuran sus ganados por sitios peligrosos de los cuales otros los alejarían cuidadosamente; al hombre negligente y al hombre moderado, por el contrario, le importan poco algunas matas de yerba silvestre. La influencia del hacendado en el concejo arregla tambien el limite de sus pretensiones. La lucha, el odio del rico y del pobre, entristecen pues esos espléndidos paisajes, lo mismo que el resto del mundo. El aldeano favorecido por la suerte, y que posee una bolsa repleta, no abandona una pulgada del terreno á que aspira su ambicion; diría que le roban y le arruinan si le disputaran un puñado de yerba, y así sucede que extiende lo mas posible su derecho de pasto.

El segador salvaje, por su parte, que no posee nada, que desea aumentar su cosecha para disminuir sus necesidades, baja lo mas que puede, y este doble esfuerzo en sentido contrario produce contestaciones perpétuas, si el concejo no las evita mediante numerosos reglamentos.

Ciertos municipios, sobre todo en el canton de Berna, distribuyen cada otoño, por suerte, los fragmentos de praderas, y á veces el lote que gana un pobre diablo viene á ser para él una sentencia de muerte.

El segador salvaje no ejerce sino durante algunas semanas su penosa industria, en agosto y setiembre, y en lo restante del año cultiva la tierra para otro, se ofrece á jornal, teje la lana, esculpe objetos menudos de madera, trabaja en los caminos ó corta leña. Tambien caza gamuzas y sirve de guia á los viajeros. Un bando especial del concejo, ó un decreto permanente, fija el instante en que los temerarios segadores pueden comenzar su faena (en el canton de Glarus es el 13 de agosto). Por lo comun, cada familia no puede enviar mas que un individuo á las altas praderas.

Llegado el dia, el segador se pone en camino á las doce de la noche, pues quiere estar antes de amanecer en el sitio que ha elegido secretamente para hacer su botin. Se despiden sin tristeza de su mujer y de sus hijos que quizá no volverá á ver nunca, y para mejorar su triste régimen suele llevarse una cabra, su única compañera en el desierto, que le alimenta con su leche. En cuanto los primeros rayos de la mañana dibujan vagamente los objetos, modula algunas notas tirolenses; varios ecos le devuelven su saludo, y voces amigas, próximas ó lejanas, le responden con acordes de la misma especie. Sin embargo un recelo le atormenta; apresura el paso y escala las rocas, porque teme que un rival le preceda ó le dispute el canton en donde ha resuelto establecerse. Debe encontrarse preparado á todo; es preciso que si llega el caso, luche contra otro desgraciado como lucha contra las dificultades del terreno, contra las violencias y los caprichos de la atmósfera. Al borde de los abismos hay combates sangrientos por una lengua de tierra, por unas matas de yerba, y sucede con frecuencia que uno de los dos adversarios rueda al fondo, y á veces entrambos desaparecen.

(Se continuará.)

A. M.

### Don Francisco Acuña de Figueroa.

La hermosa Montevideo, patria de Hidalgo, Berro, Gomez, Pacheco y Obes, etc., fué tambien la de ese fecundo y simpático poeta que supo aliar admirablemente la inspiracion y el arte, y cultivar con buen éxito todos los ramos de la poesia, — mostrándose ya serio, ora jocoso, — preludiando la guitarra del cancionero, el arpa de la elegia, haciendo resonar la trompa épica, vibrar las cuerdas del salterio del salmista. Lírico á veces hasta el pindarismo, satirico como Juvenal, siempre pulido y correcto como Lucrecio, aun cuando perteneciendo á otra escuela, — Figueroa es uno de los buenos modelos de la literatura latino-americana, y sus obras no solo desafián la critica de los jueces mas inflexibles y competentes, sino que pueden ponerse en paragon con las obras mas acabadas de los literatos de la Península, aun de los que pertenecieron al siglo de oro de la literatura española.

FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA nació en Montevideo el 20 de setiembre de 1790, y murió el 6 de octubre de 1862.

De su vida pública no sabemos nada, y creemos que no desempeñó ningun cargo de importancia en el Estado. Segun el señor Gutierrez, en 1846 era director de la biblioteca de Montevideo. Creemos que el poeta no tomó parte en las lides políticas. Hemos oido que algunos le acusan de haber observado una conducta dudosa cuando las matanzas de Quinteros; no porque él tomara parte en ellas, que esto jamás lo habria hecho, sino porque no halló acentos varoniles para maldecir á los victimarios, ni palabras de consuelo que llevar á las victimas. Pero cuando las pasiones políticas hablan, el juicio se extravía y la imparcialidad brilla por su ausencia. Sus conciudadanos le amaban y veneraban en vida, y le han llorado y tributado grandes honores despues de acaecida su muerte; y esto prueba que el poeta fué un ciudadano pacífico y honrado. Su poesia en celebracion de la batalla de Monte Caseros, en que fueron derrotadas las huestes del tirano Rosas, pone en evidencia el amor que el bardo profesaba á la libertad, y el santo horror que le inspiraban los tiranos.

Figueroa estudió mucho antes de escribir; leyó y meditó las obras maestras de la literatura antigua y moderna; ayudado por el profundo conocimiento que tenia del griego y del latin, pudo conocer en los originales todas las bellezas de los escritores de la antigüedad. Al mismo tiempo que hojeaba esas obras, leia en el gran libro de la naturaleza. Así, poeta por vocacion, llegó á ser cumplido literato por el trabajo asiduo.

M. X. Marmier, en sus cartas sobre la América, publicadas en Paris en 1851, dice: « Hay en Montevideo un dulce poeta de los buenos tiempos pasados... Le son conocidas todas las reglas de las escuelas antiguas; le seducen todos sus caprichos... Como hizo el poeta francés Marot, Figueroa ha escrito epigramas de una sátira acerada, y traducido con piedad y fe los salmos é himnos santos. No se ha limitado á traducir los himnos bíblicos, sino que ha compuesto algunos cantos religiosos llenos de inefable encanto. Si su imaginacion se complace en recorrer las tradiciones paganas, su corazón pertenece exclusivamente á la doctrina pura del Evangelio. »

En 1847, Figueroa dedicó al santo padre un tomo de poesias religiosas, que fué aceptado con benevolencia y aplaudido con justicia por el preclaro pontífice.

Lo que mas distingue las poesias de Figueroa es que casi siempre es acabada la versificación, que adopta ritmos escogidos, que en sus composiciones serias los pensamientos son elevados, y que el autor es muy sobrio y feliz en la eleccion de las imágenes.

Bastante publicó Figueroa; pero numerosos son los trabajos que ha dejado inéditos. Entre las obras del fácil é infatigable autor que tan bien empleó sus largos años, citaremos: una obra en dos volúmenes y en verso (inédita) que tiene por título: *Diario histórico del sitio de Montevideo en los años de 1812, 13 y 14*. En ella, dia por dia y hora por hora, sin faltar una sola, están consignados todos los sucesos militares, civiles y políticos que tuvieron lugar tanto en Montevideo como en el ejército sitiador. La obra está seguida de notas muy importantes para la historia; — Cinco volúmenes de poesias varias; — un tomo de epigramas, que encierra 1,800; — dos tomos de poesias religiosas, heróicas y festivas, muchas publicadas ya en varios cuadernos que corren con el título de *Mosaico poético*.

En Europa, espíritus muy serios se quejan de que la poesia muere y se lamentan al ver á esa diosa alejarse de la tierra. En una bella carta con que nos honró M. Leon Plee, y que lleva la fecha de 27 de febrero de 1863, nos dice:

« Acabo de llegar de España, de Madrid, donde he trabado relaciones con poetas arrebatadores. Al oírlos, al leerlos, no he podido sino echar de menos el tiempo en que los poetas eran atendidos en mi patria.

« ¡Oh! ¡si este tiempo volviera para nosotros! Por mas que se me hable de edad, de razon, de intereses materiales, yo me encogo de hombros. Mientras mas avanzo en edad, mas me afirmo en la conviccion de que solo la poesia resume la verdad. »

Así se expresa un eminente publicista que siempre ha tenido un gran entusiasmo por la poesia; pero el ilustrado M. Plee olvida que no há muchos meses se han publicado la *Leyenda de los siglos* y las *Contemplaciones* de Victor Hugo, los *Idilios heróicos* y la *Rosa mística* de Victor de Laprade, los *Poemas viriles* de da Pontavice de Heussey, los *Cantos*, *Anátemas* y *Plegarias* de

Cournau, los *Poemas de los felices dias* de Autran, los *Cantos agrestes* de Millien, las *Poesias místicas* de Bernard, las *Noches de octubre* de Juillerat, etc., etc.

Tambien en la América anglo-sajona, Longfellow anuncia en bellos versos la muerte de la poesia, y otras tantas voces se alzan en el mismo sentido del fondo de las repúblicas latino-americanas.

Pero la poesia no muere. La larga lista de poetas, que con mas ó menos grado de inspiracion alzan sus cantos en las ciudades y en los campos del viejo y del nuevo mundo, prueban que tales oraciones fúnebres son extemporáneas.

Y este es el caso de decir con Juillerat:

« Non, non; la poésie est vivante, immortelle,  
Elle est partout: avec la houille qu'on attelle,  
Dans les rayonnements du monde intérieur,  
Près du vieillard pensif et de l'enfant rieur,  
Sur l'arbre du chemin et dans le chloroforme,  
Dans le plus frais vallon, sur le plus haut sommet:  
Elle est au cœur de l'homme, et c'est Dieu qui l'y met. »

Las *Toraidas* de Figueroa, cuadros de costumbres uruguayas en mucha parte, españolas en el conjunto, son una descripcion exacta y *salerosa* (puesto que se ha querido dar carta de naturaleza á este vocablo) de los multiplicados incidentes que tienen lugar en los juegos de toros.

Si los versos son como los sabia hacer Figueroa, y si hay en esas poesias chiste y donaire, se les puede criticar por demasiado difusas. Una sola *Toraida* de trescientos versos habria bastado para resumir los mil versos de que constan las cinco.

La *Curiosa inocente* es una letrilla inspirada por el mismo espíritu de aquella terrible sátira del eminente señor don Felipe Pardo y Aliaga, titulada: el *Espejo de mi tierra*. La niña que pregunta tantas cosas con afectada inocencia, hace creer que sabe muy bien lo que finge ignorar, y con su aire de aparente sencillez se burla de lo que observa. Veamos esas curiosidades:

Pues que sabe tanto,  
Diga, mama mia,  
¿Qué santo seria  
Don Código Santo?  
En prosa y en canto,  
No hay quien no le alabe,  
Todos lo idolatran;  
— ¡Eso Dios lo sabe!

¿Será jóven bella  
La patria, mamita?  
Pues cada cual grita:  
¡La vida por ella!  
Dichosa su estrella  
Es en cuanto cabe,  
Con novios tan finos;  
— ¡Eso Dios lo sabe!

Ese despotismo  
Será cosa adusta,  
Que nadie de él gusta,  
Sino es en sí mismo;  
Vaya al hondo abismo,  
Dijo un hombre grave,  
Porque lo aborrece;  
— ¡Eso Dios lo sabe!

De igualdad completa  
Nadie hay que no hable,  
Lós hombres de sable  
Y los de chaqueta;  
Todo se sujeta  
A la ley suave,  
Que á todos iguala;  
— ¡Eso Dios lo sabe!

La ley y el derecho  
Guardemos, decian.  
¿Dó la guardarian?  
¿Adentro del pecho?  
¿O por mas provecho  
Debajo de llave  
En algun baulito?  
— ¡Eso Dios lo sabe!

¿Serán los jurados  
Santos muy seguros,  
Y jamás perjuros,  
Ni menos malvados?  
¿No habrá paniaguados,  
Ni empeño que traben  
Su justa conciencia?  
— ¡Eso Dios lo sabe!

Diz que no sé cuántos  
Habrá tribunales,  
Con mas oficiales  
Que en el cielo santos;  
¿Con pilotos tantos

Nuestra hermosa nave  
 Irá viento en popa?  
 — ¡ Eso Dios lo sabe !

¡ Oh ! ¡ qué monumento  
 De arreglo y firmeza,  
 Siendo la cabeza  
 Mayor que el asiento !  
 ¿ Con poco cimientó  
 Y mucho arquitrabe  
 Tendrá consistencia ?  
 — ¡ Eso Dios lo sabe !

¿ Qué habrá sucedido  
 A los escritores ?  
 Los mas parladores  
 Han enmudecido :  
 ¿ Se habrán adormido  
 Con algun jarabe ?  
 ¿ O tendrán cuartana ?  
 — ¡ Eso Dios lo sabe !

Y hay quien les dirá  
 Con zonga y cariño,  
 Arroró mi niño,  
 Que viene el quá quá;  
 Qué gusto será  
 Cuando el sueño acabe,  
 Verlos cuán valientes ;  
 — ¡ Eso Dios lo sabe !

Dirán sentenciosos  
 Por toda descarga,  
 La verdad amarga  
 A los poderosos :  
 Mamá, qué famosos  
 Serán para el clave,  
 Con tanto tecleo ;  
 — ¡ Eso Dios lo sabe !

¡ Oh ! por vida mia,  
 Hábleme mas claro ;  
 ¿ Qué animal tan raro  
 Será la *anarquía* !  
 ¿ O es alguna arpía  
 Con lanza y trábucu,  
 O será Mandinga ?  
 — Hija, ese es el Cuco.

Virtud, se me antoja,  
 Ser cosa muy bella,  
 Pues diz que sin ella,  
 Tata Dios se enoja :  
 ¿ Es vestido en hoja,  
 Muñeca bonita,  
 O en fin es un ángel ?  
 — Esa es la papita.

En el album de la señora doña Mercedes Llambi de Monasterio, el poeta supo sacar partido del nombre y apellido de la dama para escribir quintillas muy ingeniosas. Copiaremos algunas :

A tu nombre misterioso,  
 Mercedes, con sumision,  
 Brindo mi ofrenda afectuoso,  
 Y al *Monasterio* dichoso  
 Donde haces tu profesion.

*Monasterio* afortunado,  
 Donde amor bajo tu imperio  
 Mil mercedes ha otorgado,  
 Con este lema ilustrado...  
*Mercedes de Monasterio*.

Allí, donada ó profesá,  
 Cosa que vale un Perú,  
 Del *Monasterio* abadesa  
 Tu autoridad reina ilesta,  
 Y no hay mas monja que tú.

En pro de él sabes mostrar  
 Cuanto vales, cuanto puedes,  
 Con gracia tan singular,  
 Que bien se puede llamar  
*Monasterio de Mercedes*.

Envidia á las capuchinas  
 En tu *Monasterio* das,  
 Donde exclusiva dominas,  
 Y sin ayunos ni espinas,  
 En coche al cielo te vas.

En tal *Monasterio*, fiel  
 Cautiva en doradas redes  
 Tienes altar y dosel ;  
 Ni hay mas imágen en él  
 Que la imágen de *Mercedes*.

Allí el guardian, buen testigo,  
 De tu fervor eficaz,  
 De la *propaganda* amigo,  
 Piensa ir haciendo contigo  
 Otros *Monasterios* mas.

*La Exaltacion del bagre* revela la travesura del autor, su chiste mezclado de lo que los ingleses llaman *humour*. Es una composicion de olor y sabor americanos. No solo se descubre la manera de ser del bagre en cuanto á la parte de ciencia natural, sino que se hace mencion de sus usos culinarios y se traza su historia *política*, intimamente ligada con la de los sitios y guerras civiles que han trabajado á Montevideo. El poeta dice entre otras cosas :

¡ Bagre !... nombre infeliz y desdenado,  
 Que ni aun en el *diccionario* lugar tienes,  
 Cuando de tí y por tí siempre ha gozado  
 La aflicta humanidad auxilio y bienes ;  
 ¿ Qué cetáceo del mar, ni qué pescado  
 Logra el lauro y ventajas que tú obtienes ?  
 Pues desde la ballena á la sardina  
 Ningun pez mas laudable se cocina.

Guarnecida de barbas glutinosas  
 Tu cabeza es enorme, dura y chata,  
 Anchas son tus agallas y esponjosas,  
 Y tus aletas de zafiro y plata ;  
 Oscilante tu vientre con grandiosas  
 Dimensiones se encoge ó se dilata,  
 Y en tu lomo cerúleo, y no escamoso,  
 Brillan vislumbres de color dudoso.

Tu grande boca de tauron ó arpía  
 A una enorme cazuela se asemeja,  
 Y si orejas tuviese, se diria  
 Que es tu boca tambien de oreja á oreja.  
 Peces, piedra, metal, cuanto Dios cria,  
 Nada insaciable tu apetito deja,  
 Y en tu panza, que engulle cuanto alcanzas,  
 Pareces un ministro de finanzas.

Hubo un asedio *antaño* en que sufrimos  
 Veinte y dos meses de opresion y penas...  
 Donde todas las plagas padecimos,  
 Nuestras culpas purgando y las ajenas.  
 Desde entonces del bagre conocimos  
 Las cualidades y excelencias buenas,  
 Que en caldos y potajes diferentes  
 Mantuvo á mil familias indigentes.

En las casas, cuarteles y hospitales  
 Aquel pez nutritivo fué alimento,  
 Que el *tasajo* y *gaspacho* insustanciales  
 No podian bastar al pueblo hambriento ;  
 Los *porotos* tambien dignos rivales  
 Serian de los bagres, mas yo siento  
 Que sin un buen aliño los porotos  
 Causan sus *compromisos* y *alborotos*.

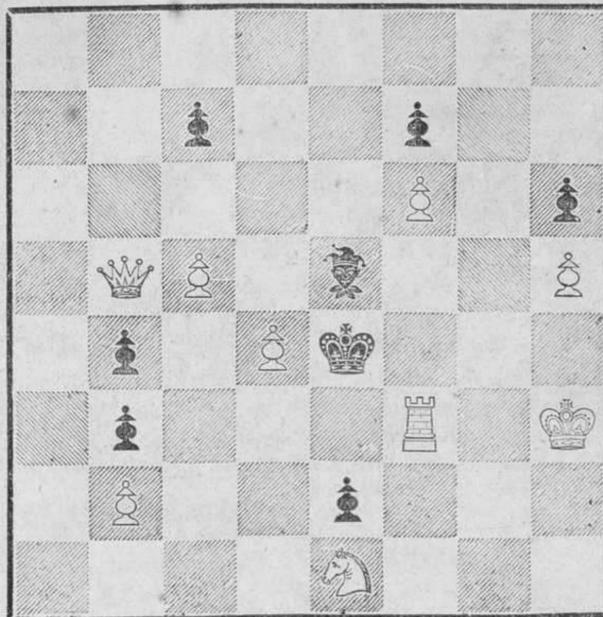
**Problemas de ajedrez.**

Solucion del número 67.

- 1 A 6ª CRª jaque Ra come A
- 2 Ra 4ª TRª jaque A come Rª
- 3 C 4ª ARª jaque-mate.

PROBLEMA NUM. 68, POR M. CONRAD BAYER.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

*La Apologia del choclo* ha sido muy celebrada por sus gratos versos y por la galanura con que el autor celebra la deliciosa mazorca, tan cara al americano. La trascribiremos *in extenso*.

No á Vénus fabulosa cantar quiero  
 Ni sus pérfidos dones,  
 Que hacen gemir despues mil corazones ;  
 Ni encomiaré al guerrero  
 Que tiñe en sangre fraticida acero,  
 Ni á Ulises ó Patroclo,  
 Pues con mejor asunto canto al *choclo*.

Es el choclo la planta esclarecida  
 Del reino vegetal gala y decoro,  
 Verdes capas le ciñen la escondida  
 Mazorca donde guarda su tesoro ;  
 Esta en su extremidad es guarnecida  
 De un joyante penacho de hebras de oro,  
 Y su tallo interior, al sol velado,  
 Va creciendo, de perlas esmaltado.

Tiernos granos en leche, que jugosos  
 Se aprestan de maneras diferentes,  
 En el gordo puchero son sabrosos,  
 Y en el guiso, no menos excelentes ;  
 Mas plausibles, empero, y primorosos  
 Son los dotes del choclo y mas patentes,  
 Cuando ya seco, sin mudar de forma,  
 En maiz su nombre se trasforma.

El maiz, que segun graves autores  
 Era el *trigo de América* estimado,  
 En topacios de nítidos colores  
 Ya sus pálidas perlas ha cambiado :  
 Con él se hacen manjares superiores  
 En mazorca, á granel ó triturado,  
 Y hasta pan nutritivo, y buen bizcocho  
 Se elaboran del blanco y del *morocho*.

Con el maiz sin otro condimento,  
 Se hace la *mazamorra*, manjar grato,  
 De diversas familias alimento,  
 Y lo que es esencial, sano y barato ;  
 Ella en mesas tambien de lucimiento  
 Suele apreciarse preferente plato ;  
 Y hay quien piensa que Júpiter hacia  
 De blanca *mazamorra* su ambrosia.

Rica es la *mazamorra*, y si es con leche,  
 Suple al postre mejor, y el dulce ahorra,  
 Mas grata que salmon en escabeche,  
 Repetida no cansa, ni da en borra ;  
 No hay quien pollos por ella no deseche  
 Cuando canta el lechero... ¡ *mazamorra* !  
 Que él trae á sus marchantes á horas fijas  
 Desde el tambo lejano en seis botijas.

Los hombres, y las aves, y animales  
 Con maiz se alimentan diariamente,  
 Que en la yerma campaña entre otros males,  
 La carencia del pan es muy frecuente.  
 Entonces de maiz los orientales  
 Hacen el blando *mote*, é igualmente  
 El *pororó* ó rosetas, en que hallo  
 La excelencia especial del *pingallo*.

Es hermoso en el estío  
 Ver en los prados de Oriente  
 El maizal nuevo y flexible  
 Como un lago de ondas verdes.

O como ejército inmenso  
 Allí apiñado é inerme,  
 Cuyas flotantes garzotas  
 Rojas y rubias se mueven.

Mil mariposas en torno  
 Se acercan, huyen y vuelven,  
 O sobre sus anchas hojas,  
 Libando el néctar se mecen.

Allí el labrador contempla  
 Su rico tesoro en ciernes,  
 Que en vistoso panorama  
 Halagan las auras leves.

Y al fértil suelo bendice,  
 Do benigno el cielo quiere  
 Que una mazorca recoja  
 Por cada grano que siembre.

Allí en su tierno capullo  
 Está envuelto el choclo endeble,  
 Que luego en maiz valioso  
 El sol y el aire convierten.

Crisálida inanimada  
 En metamórfosis breve,  
 Sin mudar forma ni esencia  
 Su calidad ennoblece.

De él se hace la fresca *chicha*  
Que ansioso el etiope bebe,  
Y el gófo que los canarios  
Al dulce mejor prefieren.

Sus secas hojas al pobre  
Mullido colchon ofrecen,  
O en el aterido invierno  
De su hogar el fuego encienden.

En su *chala* por mas gratos  
Los cigarrillos se envuelven,  
Y ella misma en las penurias  
Sirve de tabaco á veces.

Así, á la virtud del choclo  
Mil beneficios se deben,  
Pues por él cocina el hombre,  
Bebe, come, fuma y duerme.

La sustanciosa *polenta*  
Tambien al maiz se debe,  
Que bien sazonada luce  
En italianos banquetes.

Con él se hacen varias pastas,  
Que á las de trigo no ceden ;  
Y el choclo asado al rescoldo  
Mas grato sabor adquiere.

(Se concluirá.)



Francisco Acuña de Figueroa.

### M. Michelin, capitán de zuavos.

Eduardo Federico Michelin nació en Lorient (Morbihan) el 7 de abril de 1832; entró en Saint-Cyr en octubre de 1849, y salió en 1851 en calidad de subteniente del 48º de línea; hizo con este regimiento la campaña del Báltico en 1854; nombrado teniente con elección al regreso de esta campaña, entró en el 3º de ligeros de la guardia cuando la formación de este cuerpo, é hizo con este regimiento la campaña de Italia; herido en Solferino, fué nombrado caballero de la Legión de Honor el 4 de diciembre de 1859, y condecorado en Compiègne por la mano del emperador; promovido á capitán el 27 de diciembre de 1861, pasó al primer regimiento de zuavos y partió con el mismo el 5 de julio de 1862 para Méjico, donde pereció delante de Puebla el 6 de abril de 1863, en el ataque de la cuadra San Martiño. P. P.



E. F. Michelin, capitán del 1º de zuavos, muerto delante de Puebla.



El comandante francés M. Lamy, muerto delante de Puebla.

### El comandante francés M. Lamy.

El comandante Lamy, nacido en Ney (Jura) el 21 de enero de 1824, entró en la escuela especial militar de Saint-Cyr el 14 de noviembre de 1841. Subteniente del 56º de línea el 1º de octubre de 1843, teniente el 21 de junio de 1848 y capitán el 2 de febrero de 1853, contaba cinco campañas en Africa, y habia sido nombrado caballero de la Legión de Honor el 2 de marzo de 1855, cuando el 13 de diciembre del mismo año pasó con su regimiento á la Crimea, de donde volvió á Francia el 2 de junio de 1856.

Ayudante mayor del 4º regimiento de ligeros de la guardia imperial. Lamy hizo la campaña de Italia y fué nombrado comandante de batallón primero del 98º de línea el 2 de julio de 1859, y despues del 18º batallón de cazadores de infantería el 24 de mayo de 1860. Oficial superior de un arrojo notable y de una energía á toda prueba, fué destinado para formar parte del ejército expedicionario de Méjico, y marchando á la cabeza del valiente batallón que mandaba, recibió el 9 de abril de 1863, delante de Puebla, un balazo en el pecho, y dos días despues sucumbió de esta herida mortal, que ha arrebatado al ejército francés uno de sus oficiales mas valerosos. C.

### La cantatriz Volpini.

La señora Volpini de Villar nació en Ma-



La cantatriz Volpini de Villar.

drid en 1840, y aunque pertenece á una familia de artistas, no fué destinada al teatro, y si ha salido á él ha sido por un efecto del acaso. Casada con el tenor Volpini, habia seguido á su esposo á Méjico, cuando una noche vino á enfermar la artista encargada del papel de *Tremacolda* en *Marco Visconti*; y la señora Volpini, que solo por pura afición habia aprendido este papel, consintió sin embargo en desempeñarle. El merecido triunfo que alcanzó, la animó á perseverar en la carrera teatral, y seguidamente cantó en las principales ciudades de Méjico y luego en la Habana. De vuelta en Paris, fué contratada por tres años en el Teatro Italiano, y se estrenó en *Marta*.

Acogida favorablemente por el público y por la crítica, continuó no obstante sus estudios musicales y tomó lecciones del entendido profesor Fontana. Habiendo obtenido la correspondiente licencia, formó parte de la compañía italiana de Barcelona y cantó al lado de Mario y de Graziani en *Rigoletto* y en el *Barbero*. En la actualidad se halla en Londres, donde ha venido á ser el ídolo de los *dilettanti* ingleses. A una bellísima voz de soprano expresiva por naturaleza, de un timbre muy puro y de una agilidad poco comun, esta artista reúne un método perfecto estudiado en las fuentes de la grande escuela italiana. Su fisonomía es graciosa y distinguida. La Volpini tiene además una cualidad preciosa, pero muy rara entre las artistas: es modesta.

T. A. S.